

ABURRIH ESTÁ A BARLOVENTO

Omar Aouini

1

A medianoche menos cinco minutos, estuve sentado en la Estación Central de Autobuses. Hacía frío, y la estación estaba oscura y casi desierta, con la excepción de pocos pasajeros sentados en silencio, esperando la salida del último autobús del centro de la ciudad. Después de un rato, el silencio de la noche y de la estación fue interrumpido por la llegada del autobús, con sus intensas luces y el fuerte rugido de su motor. Todos se precipitaron hacia la puerta, y su número se multiplicó varias veces en unos instantes. Empezamos a subir a empujones, en medio de gritos, suspiros, insultos, maldiciones y pateo.

Cuando nos instalamos dentro, y la mayoría de los pasajeros tomaron asiento, pude reconocer a algunos de ellos, y sus rostros me resultaron familiares. La mayoría de ellos vestían harapos sucios, llevaban varias bolsas atadas con gruesos cordeles, y sus rostros parecían satisfechos y alegres. Siguieron hablando en voz alta durante todo el viaje, bromeando y contándose las cosas divertidas que habían vivido ese día. Se preguntaban unos a otros sobre sus lugares de trabajo y sobre sus compañeros que hacía tiempo que no sabían nada de ellos, todo ello en un ambiente de alegría y satisfacción.

_¿Sigues trabajando en tu lugar habitual? -Uno de los pasajeros, que estaba sentado en el último asiento del autobús, le preguntó a su compañero sentado en uno de los asientos delanteros.

_No, allí hay una gran depresión. Me desplazé a la calle paralela a la de la Radio y Televisión, donde hay gran movimiento y abundante donación. - Respondió mientras metía algo en su bolso.

_¿Y tu dónde trabajas ahora?

_ Frente a la Estación del Sur,-respondió- allí estoy cómodo y nada me molesta. Si tus condiciones laborales son buenas, no te preocupes por la remuneración.

Me sentía muy cansado, y de vez en cuando la somnolencia se apoderaba de mí con el bamboleo del autobús, y tornaba la cabeza hasta quedarse apoyada en el hombro del pasajero de mi derecha. El hombre soportó el peso de mi cabeza durante un rato, antes de empujarla violentamente, murmurando. Me desperté y oí a alguien comentar:

_ La profesión se ha vuelto abarrotada y corrupta, ha habido muchos intrusos, y ahora estoy pensando emigrar fuera de la ciudad. Probaré suerte, y nadie que lo intente, quedará decepcionado.

_Quien prueba lo probado, su mente es arruinado. -Dijo uno de ellos mientras bostezaba como un lobo- La cuestión no es cambiar el lugar de trabajo, sino inventar nuevos métodos que hagan rentable la profesión. Ve a donde quieras, tus ingresos no aumentarán ni un solo centavo, mientras permanezcas en tu antigua condición.

Después de media hora aproximadamente, el tumulto de los pasajeros comenzó a calmarse poco a poco, pues su número iba disminuyendo en cada parada del autobús, y se bajaban unos tras otros. Cuando llegamos a la última parada, sólo éramos cuatro personas. Bajamos en silencio, nos separamos y cada uno fue por su lado.

Era la una de la noche en mi viejo reloj de bolsillo, y el aire frío me acariciaba la cara mientras apretaba el paso para dejar atrás las últimas casas del pueblo que me separaban del bosque. Poco a poco, fui alejándome de las luces del pueblo, adentrándome en el monte, y lo único que podía oír eran los débiles ladridos de los perros lejanos. Caminaba a oscuras, con el bolso a la espalda, sin pensar en nada más que llegar a casa, cenar y luego dormir. El camino escabroso que me esperaba después de salir del pueblo no me asustaba, porque llevaba más de dos años recorriéndolo, y se me había vuelto monótono y habitual. Seguí caminando así hasta que me encontré de cara al cerro. Me detuve en medio de la completa oscuridad para recuperar el aliento, secarme con las palmas de las manos el sudor que caía de mi frente y de mi cabello caído, y prepararme para la difícil batalla final. Ya no sentía el

frío intenso del invierno que se convirtió en una brisa que acariciaba mi rostro y me refrescaba.

Comencé a subir, doblando la espalda y usando las manos para agarrarme de la hierba alta que bordeaba el camino, a fin de no resbalar y caer rodando por donde vine. Afortunadamente, la casa no estaba en la cima de la colina, sino más bien casi a mitad de la misma. Cuando llegué, me paré frente a la abertura de la casa, y miré un poco hacia atrás. No vi nada más que la intensa oscuridad, interrumpida por las luces tenues y distantes del pueblo dormido, luego me arrastré hacia adentro.

En el interior, palpé la superficie naturalmente pulida de la roca, busqué la vela y la encendí. Luego regresé a la abertura de la casa, la cerré con el trozo de madera que había designado para tal fin, y lo sostuve por dentro con un palo grueso y fuerte, que había cortado de un roble. Sentí calor cuando me quité los zapatos y me acosté en mi cama hecha de madera de árbol. Saqué mi cena de la bolsa, y la coloqué sobre lo que parecía una mesa de piedra. El pollo sazonado y las patatas aún conservaban algo de calor. Saqué una caja de ensalada a la parrilla, la vertí en el plato después de haberlo limpiado con agua en la jarra, y dispuse trozos de pan alrededor del plato. Del bolsillo del bolso saqué un plátano, encendí la pequeña radio y comencé a cenar vorazmente.

Después de cenar, llené una gran taza de té caliente que había traído de la ciudad en un termo, escuchando el programa "Con las estrellas del arte antiguo", y saboreando los sorbos de té recién hecho. Sabía que caería en un sueño largo y profundo, tan pronto como apoyara la cabeza en la almohada. Apagué la vela con el sonido de un búho, que no estaba lejos de mi casa, y que en ese momento estaba cazando ratones e insectos. De vez en cuando oía la voz de un zorro hambriento que gritaba, buscando una presa para calmar el hambre del día. Sin embargo, raras veces oía voces de lobo, como en las noches más frías de invierno. Y dormí.

Me desperté activo después de diez horas de sueño, y en un estado moral de indiferencia y tranquilidad. Saqué el panel de madera del agujero y salí. El tiempo empezaba a despedirse del frío de invierno de aquella región, y a recibir los primeros rayos del sol de la primavera, era el mes de marzo. Me paré, y miré alrededor del lugar, examinando cuidadosamente el camino que había estado recorriendo desde que vivía en esa casa. Me pareció fácil y hermoso, con sus altos árboles, mesetas, cerros arbolados, laderas,

depresiones y muchas curvas, contrariamente a lo que me parecía cuando regresaba de la ciudad, difícil y agotador.

Bajé lentamente y busqué un lugar apartado para hacer mis necesidades. Después, fui a un manantial cercano, me lavé la cara y los brazos, y bebí de su agua fresca con la palma de la mano hasta que mi estómago se hinchó nuevamente. Me sequé la cara con la manga de la bata, y pensé bajarme e ir a trabajar. De hecho, nunca estaba obligado a trabajar toda la semana, sino que trabajaba un día y descansaba otro, y a veces aumentaba el número de días laborables, cuando sentía que me estaba quedando sin dinero.

Regresé a casa, y quité la piedra sólida con la que había tapado el agujero en que escondía el dinero. Es mi caja fuerte en la que solía depositar el dinero que recaudaba. En realidad, es un agujero de tamaño mediano que los pájaros, o los zorros habían cavado en la pared de la cueva, antes de que viniera yo. Después de contar el dinero, decidí que sería más conveniente ir a trabajar ese día. Me cambié mi ropa habitual, y me puse ropa de trabajo raída: un sombrero marrón gastado, una vieja bata de lana azul con mangas largas que ocultaban los dedos, pantalones grises con cinturón ancho y pies estrechos con parches negros, bolsillos por todas partes, y zapatillas a través de las cuales se veían la mayoría de los dedos de los pies. Sobre todo esto, puse un abrigo que parecía al de los ejércitos en combate, pero estaba desgastado y tenía una gruesa capa de suciedad.

Era viernes, así que decidí pararme frente a la Mezquita Zitouna¹, después de hacer un rápido cálculo, que me mostró que el día sería rentable. Sin embargo, la experiencia me enseñó que ese mismo cálculo lo realizaban muchos mendigos como yo. Llegué al lugar aproximadamente una hora antes de que comenzara la oración. Encontré el muro opuesto a la mezquita abarrotado, y todas las puertas ocupadas por un buen número de mendigos, tanto hombres como mujeres. Tan pronto como me acerqué, me lanzaron miradas violentas y me mostraron caras de enojo. Retrocedí por miedo a algún inconveniente, buscando un lugar vacante, aunque fuera pequeño. Pensé que los visitantes de esta mezquita eran de buen corazón, de abundante riqueza, y los habitantes de la ciudad más devotos y temerosos de Dios.

¹ Mezquita zitouna : es la mezquita principal de la Medina de Túnez, que quiere decir, la mezquita del olivo. Fue fundada por Hassan ibn Nu'man en 698. Fue sede de una de las primeras universidades en la historia del Islam.

Permanecí en mi lugar por un tiempo, hasta que me invadió la desesperación, y comencé a pensar ir a otra mezquita que tuviera menos individuos, y más oportunidades de recaudar dinero. De repente, un niño se puso a llorar y gritar a todo pulmón, lo que molestó a los visitantes de la mezquita y perturbó su reverencia, por lo que expulsaron bruscamente a la mujer y al niño. Apenas los echaron, corrí con todas mis fuerzas y rápidamente tomé el control del lugar vacante. Mi vecina de la derecha me empujó con el brazo para apartarme de ella, entonces caí sobre el mendigo que estaba a mi izquierda, y él me maldijo y me insultó. Nunca olvidaré ese día, ya que no recogí ni un solo centavo, a pesar de haber suplicado, como el resto de mendigos, a los que entraban y salían de la mezquita durante más de dos horas.

Al día siguiente, fui a mendigar frente al zoológico, poniéndome gafas negras en los ojos, para engañar a la gente y hacerle creer que era ciego. Los visitantes del parque pasaron a mi lado, sin preocuparse por mí, ni por mi discapacidad artificial, durante más de medio día, y sin ofrecerme nada. Entonces recordé lo que dijo uno de los mendigos cuando regresábamos del trabajo, en el autobús de medianoche: «La cuestión no es cambiar el lugar de trabajo, sino inventar nuevas formas y métodos que hagan rentable la profesión». Saqué una gran hoja de papel de un contenedor cercano, y escribí en negrita lo siguiente: «Ha llegado el maravilloso día de la primavera y soy prisionero de una terrible oscuridad». La coloqué delante de mí y esperé, extendiendo la mano hacia adelante. No pasó mucho tiempo antes de que empezaran a caer sobre mis palmas monedas de un dinar, dos dinares y cinco dinares. Mi mano se estaba llenando rápidamente, y para evitar que el dinero cayera al suelo, inmediatamente lo tiraba en el bolsillo, y él hacía un ruido dulce, y volvía a extenderla nuevamente. Cuando sentí que mi bolsillo derecho estaba lleno, y ya no cabía a ninguna otra moneda, comencé a llenar el bolsillo izquierdo, y luego el resto de los bolsillos, hasta que el cielo se cubrió de nubes pesadas, tronó violentamente, y empezó a llover copiosamente. Doblé el papel mojado, cuyas palabras desaparecieron, y sólo quedó la frase «Ha llegado la primavera», luego lo tiré a la basura y regresé a casa.

A la vuelta, pasé por un restaurante popular, donde compré lo necesario para la cena y el desayuno del día siguiente. Llegué a mi cueva por la tarde, y la lluvia ya había cesado por completo, y el sol primaveral brillaba de nuevo. Vací mis cuatro bolsillos sobre la mesa de piedra, y comencé a jugar con las

monedas, dibujando con ellas formas geométricas a veces, y formando piladas de diferentes tamaños otras veces, para luego distribuirlas mentalmente entre algunas personas. Este enorme montón es para mi padre, que Dios tenga misericordia de él, porque a pesar de mi odio hacia él, él no me odiaba, sino que me cortejaba y esperaba que yo le devolviera algo de afecto y bondad. Luego señalaba con el dedo otra pilada más pequeña y se la dedicaba a mi madre, que murió sin verme, por respeto a ella y para pedirle perdón. Veía otra pilada de tamaño mediano, y no estaba seguro a quién se la daba. Pensé en Jawhar, mi hermano, luego renuncié la idea, porque su condición se había vuelto muy buena y no necesitaba mi ayuda. Le asigné una pequeña pilada al mendigo del autobús de medianoche, quien me enseñó ganar mucho dinero. Sin embargo, al final, mezclé todos los montones, formando un montón enorme y dije enojado: «Todos son míos, nadie merece darle ni un centavo». Luego los tiré todos al agujero que lo cerré bien con piedras, y me arrastré sobre mis cuatro patas hasta salir de la cueva.

Me senté frente a mi cueva en el tronco de un árbol, y contemplé el vasto y creciente paisaje del bosque y las imponentes montañas, que se decía que llegaban hasta Marruecos, pasando por Argelia. No sé por qué comencé a pensar en mi hermano Jawhar, mi gemelo. Nacimos en el mismo momento, en el mismo lugar, y antes estuvimos durante meses en el mismo vientre, y lloramos juntos cuando salimos de él. Sin embargo, los días nos separaron, y lo hicieron vivir en un palacio lujoso, y digo palacio porque, como me lo describieron, era un palacio en el pleno sentido de la palabra, mientras que yo acabé metiéndome en una cueva miserable, en una montaña extraviada. No lo culpaba por nada, porque intentó comunicarse conmigo muchas veces, a lo largo de los años, pero yo me negué a hacerlo, porque la distancia entre nosotros había crecido tanto que ya no podía verlo, y mucho menos hablar con él, o vivir bajo su cuidado, y disfrutar de su apoyo, como él solía insistir en eso. Cada día que pasaba creaba barreras cada vez más gruesas y sólidas entre nosotros, hasta que ya no me era posible ni siquiera pensar en él.

Al atardecer regresé a mi habitación, después de haber cerrado bien la abertura con un trozo de madera, comí un poco de lo que había traído del restaurante popular, luego me infiltré bajo las sábanas para dormir. Pasó mucho tiempo sin poder conciliar el sueño, mientras el ululato del búho comenzó a intensificarse y a acercarse a mi cueva. Pensé que lloraba y lamentaba a un ser querido que había sido devorado por zorros y alimañas del bosque. Me quité las mantas y me levanté de la cama. Puse mi oreja en la

tabla con la que cerraba el agujero, escuchando atentamente el ululato del búho que se había acercado mucho a mí, hasta que pensé que lo perforaría con su pico y entraría en la cueva. Su voz era triste e intermitente, por lo que decidí retirar la tabla con extrema precaución, y me asomé en su busca. Miré atentamente en la oscuridad y agudicé el oído, pero no vi nada, ni oí ninguna voz. Cerré bien el agujero, volví a la cama y me quedé dormido. Dormí un tiempo que no podía calcular, después del cual oí a la lechuza comenzar a graznar nuevamente, batiendo sus alas en la puerta. Sentí pánico, aparté la tabla, y la luz del amanecer había cubierto ya el bosque, y la lechuza estaba posada en el roble, a pocos metros de la cueva. La miré con atención, y fue la primera vez que vi un búho directamente. Me pareció un pájaro hermoso con sus plumas suaves y su orgulloso porte. No sé qué lo impulsó a despertarme en ese momento con sus gritos y golpes en la puerta de la cueva.

_ Buenos días, señor Búho. – Me atreví a decir.

Continuó en su lugar, su gran cabeza en constante movimiento, y de repente saltó del árbol y se posó en el tronco en el que solía sentarme cuando observaba el bosque o mientras cocinaba. Retrocedí un poco, y me arrodillé para enviarle un mensaje de paz y amor. Cambió de dirección y giró hacia el lado opuesto, luego saltó al suelo y comenzó a caminar cuesta abajo, mirándome de vez en cuando. Así que lo seguí y bajé tras él. A veces saltaba, y otras veces caminaba sobre sus patas, hasta llegar a una roca enorme, cuando empezó a girar y gritar, volviéndose hacia mí. Me acerqué a la roca, y me tumbé para ver qué estaba pasando. Vi una enorme serpiente bloqueando un hueco que contenía pollos del búho, y procediendo a devorar a uno de ellos. Me puse a temblar, y el pánico se apoderó de mí. Pero rápidamente recurrí a un árbol seco, del cual saqué una rama, y atacé con toda violencia al bicho, que se tragó inmediatamente al pollo, luego se enrolló y comenzó a atacarme con golpes repentinos y aterradores. La lechuza revoloteaba sobre mí, muy cerca de mi cabeza, hasta que podía sentir el aleteo de sus alas en mi cara. Cuando la serpiente se debilitó y se sometió, se abalanzó sobre ella con su pico y sus garras. Saqué el bicho sin vida y lo alejé de la cueva, el búho se precipitó dentro y abrazó a los pollos con sus alas hasta que ya no se podía ver nada de ellos. Regresé a mi cueva, y la lechuza volvió a revolotear sobre mi cabeza, luego rápidamente regresó a sus pollos, y después de contarlos moviendo la cabeza hacia adelante y hacia atrás, se abalanzó nuevamente sobre la serpiente inmóvil y comenzó a levantarla con su pico,

para luego golpear su cabeza con fuerza contra la roca, destrozándola en pedazos, manchando las rocas con su roja y oscura sangre.

Me sentí cansado, así que volví a mi cama y dormí hasta que vi un pequeño rayo de luz de la mañana penetrando a mi habitación, a través de las grietas de la madera. Así que me levanté, saqué algo de dinero de la caja de la pared, y bajé a la ciudad. Fui a la Tienda Pública Central, donde decidí ubicarme, porque era fin de mes, y los empleados debían haber recibido sus salarios y comenzado a comprar sus necesidades mensuales. Encontré allí bastantes mendigos, así que me coloqué junto a un anciano, supuse que era un mendigo sobrio, y mi presencia junto a él no le causaría ningún inconveniente. Me arrodillé poniendo los extremos del abrigo debajo de las rodillas para que no me lastimaran, y así pudiera quedarme por más tiempo. Eran las ocho de la mañana, y aún era temprano para que la tienda se llenara de clientes, y con ellos aumentaba el número de mendigos. Apenas me había sentado en la acera, sacando la mano de debajo de la manga de mi abrigo gastado, mi compañero, el anciano, me preguntó:

_Pertenece a los de la Estación de Trenes del Norte, ¿Verdad?

- Así es - Le dije mintiendo.

_ ¿Cómo le van las cosas por allí? -Me preguntó mientras se llevaba algo a la boca con los dedos índice y medio.

_ Mercado muerto. -Le respondí después de cerrar la mano extendida, para luego devolverla vacía en mi bolsillo.

El anciano siguió masticando lo que tenía en la boca durante mucho tiempo, y un poco de saliva goteaba de las comisuras de la boca, luego añadió:

- Parece que usted es nuevo en la profesión. A la Estación de Trenes sólo entran los afortunados. Tiene lo que muchos desean.

Me callé. Añadió:

_ Mi nombre es Mansur, ¿y usted?

_ Aburrih. -Dije mientras me acercaba un poco más a él.

Sacudió la cabeza y me miró fijamente:

_¿Qué es lo que le llevó a esta profesión de desgracia, Aburrih? -Dijo.

_ Mi historia es larga, tío Mansur. Si la escribiera, necesitaría muchos volúmenes. ¿y usted por qué ha elegido mendigar a esta edad?

_ Mi único hijo me echó de su casa. Me maldijo y me insultó, luego me empujó a la calle, y cerró la puerta. -Dijo quejándose con angustia.

No sentí ninguna lástima por él, porque si hubiera sido su hijo, le habría hecho cosas peores. Pensé que cuando una persona envejeciera, viviera a expensas de los demás, su muerte sería mejor que su vida. Pero no le revelé al anciano lo que ocultaba dentro de mí, así que le dije:

_ Monstruos humanos que matan a las personas más cercanas a ellos si tienen hambre.

_ ¿Tiene hambre? Nunca lo dejé pasar hambre, ni un solo día en su vida. Yo era comerciante y Dios me bendijo con Su generosidad que no le había dado a nadie más, así que la gasté en Alifa¹, mi hijo. Lo Ingresé en las mejores universidades privadas, donde obtuvo el título de economista, y abrió una oficina en el centro de la ciudad, con la que ganó y sigue ganando mucho dinero. Se casó con una de sus compañeras de trabajo, y poco después decidió echarme de su casa.

_ ¿Alifa es el nombre de su único hijo que le expulsó? - Le pregunté.

- Alifa, sí, mi hijo que me expulsó se llama Alifa. -Respondió.

_ ¿No encontró otro nombre para llamar a su único hijo, tío Mansur, que no sea Alifa? ¿Sabe lo que eso significa?

_ Sí. Le puse este nombre para que la muerte lo detestara, y yo lo reservara para mi vejez. O eso lo que pensaba.

_ Ya entiendo. Alifa lo detestaron sus amigos y compañeros, y él lo detestó a usted también. Ha cosechado lo que ha sembrado. -Respondí.

_ Dijo que su nombre es Aburruh, ¿verdad? -Me preguntó, mirándome fijamente de nuevo.

_ Aburrih², mi nombre es Aburrih.

¹ Alifa : un nombre de pila que en árabe significa el desprecio.

² Aburrih : es un nombre que en árabe significa « padre del viento »

_ ¿Y se han borrado de la vida todos los nombres de este mundo, para que no encuentren otro nombre con que llamarle?

_ Mi nombre en papel es Kenz¹, y tengo un hermano gemelo llamado Jawhar, porque cuando nacimos, mi padre estaba buscando un tesoro subterráneo que vio en su sueño. Una enorme fortuna en la que puso todas sus esperanzas durante muchos años, y cuando no encontró nada, y sus esfuerzos fracasaron, tuvo la certeza de que estaba viviendo una verdadera ilusión, y que su condición era como aquél que extendiera la boca y las manos al viento, me consideró un mal presagio, y decidió llamarme Aburrih.

_ Su padre tiene razón. -Dijo.

Miré la Tienda, y vi que los clientes comenzaban a entrar, individualmente y en grupos, así que me dispuse a trabajar. Al poco tiempo, las gargantas de los mendigos comenzaron a pronunciar frases de diferentes palabras y melodías al mismo tiempo, provocando clamor, ruido y griterío.

_ Por Dios, oh bienhechores, por Dios, oh bienhechores. -Gritó el tío Mansur con voz ronca, mientras extendía ambas manos, suplicando a una mujer que empujaba un carro lleno de mercancías delante de ella, vestida de oscuro, llevando gafas negras, y masticando chicle entre las muelas con avidez. Pasó junto al anciano sin prestar atención a sus gritos y súplicas, y se dirigió hacia el coche.

_ Ten piedad de mí, que Dios tenga piedad de usted. -Sonó la voz de una mujer que sostenía en sus manos a un bebé, que luego supe que era un muñeco envuelto en un trapo. No muy lejos de ella, vi a un joven apuesto, de un aspecto que no se parecía al nuestro, acercándose a la puerta de salida de los clientes, coreando frases elegantes y musicales:

_ Por favor, sed amables con vuestro hermano, amigos, por favor.

De vez en cuando, algunos de ellos le ponían monedas amarillas en la mano, y él se las metía en el bolsillo, repitiendo: «Gracias por su amabilidad y generosidad». Me dije que si me quedara así callado, nadie me vería, y tenía razón el que decía: «Habla para que te vea». Me adelanté dos pasos a algunos de los clientes y les grité: «Denme los derechos de Dios, por Dios, oh siervos de Dios». Sin embargo, me miraron con desdén y permanecieron

¹ Kenz : en árabe significa tesoro.

indiferentes, mientras yo reiteraba esa frase muchas veces como un idiota, pero en realidad era como mi padre, extendiendo mis manos al viento.

Cuando el movimiento de entrar y salir a la tienda disminuyó, regresé a mi lugar y me senté junto al tío Mansur.

_¿Cuánto ha ganado ahora? -Me preguntó mientras contaba unas monedas de plata.

_ Nada. -Dije.

_ No me equivoqué cuando le dije que era nuevo en nuestra profesión. -Dijo.

Me callé. Él me preguntó:

_¿En qué trabajaba antes?

_ Carterista. -Dije sin rodeo ni titubeo.

_ Usted fracasó en robar carteras, así que comenzó a mendigar. -Subrayó en tono de reproche.

_Sí es verdad. -Respondí.

2

«Usted fracasó en robar carteras, así que comenzó a mendigar», no se equivocaba el tío Mansur, que tenía una larga experiencia en la mendicidad. Cuando me despidieron de mi trabajo en el Ministerio de Relaciones Exteriores hace unos años, tenía dos opciones amargas: robar o mendigar, así que elegí el robo. Por extraña coincidencia, en el mes que me despidieron de mi trabajo, mi hermano Jawhar empezó a trabajar en la Empresa de Industria Alimenticia. A finales de ese mes, mientras Jawhar se despedía de años de desempleo y pobreza, yo emprendí tiempos difíciles de miseria, pobreza y dificultades. Como la pobreza crea ladrones igual que el amor crea poetas, comencé a robar en restaurantes de la zona industrial, y luego pasé a robar en la Estación de Autobuses. Recuerdo bien cómo fui a la estación por primera vez, cuando estaba llena de pasajeros, y me filtré entre la multitud y esperé. Me encontraba bastante optimista de que mi nueva vida, después de dejar mi trabajo en el Ministerio de Asuntos Exteriores, sería muy estable financiera y moralmente. Me dije que el ladrón, al fin y al cabo, era un empleado. Se levantaba por la mañana como todos los demás empleados,

pasaba mucho tiempo en el trabajo igual que ellos, se cansaba como ellos, y regresaba por la noche con la conciencia tranquila, después de cumplir sus deberes.

Llegó el autobús de las siete, la multitud se precipitó hacia la puerta, y yo corrí con ella, hasta que me encontré arrastrado por la fuerza del empuje de pasajeros, con las piernas colgadas en el aire, mientras mis manos vagaban con gran agilidad entre los bolsillos de la multitud. Rápidamente sacaba todas las billeteras que podía encontrar, y las metía muy hábilmente en mis bolsillos. Cuando todos subieron, me deslicé entre la multitud, y me dirigí hacia la puerta de bajada, repitiendo suavemente: «Por favor, déjenme pasar, me voy a bajar», hasta que mis pies tocaron la calzada, y el autobús comenzó a moverse lentamente, luego corrió hacia adelante, desapareciendo entre el tráfico abarrotado. Suspiré aliviado, y caminé rápidamente hacia un parque cercano, donde me retiré a un lugar desierto, y comencé a vaciar mis bolsillos en una de las sillas. Abrí la primera billetera, y encontré varios billetes de diez dinares y algunos documentos personales. Me metí los billetes en el bolsillo y estuve a punto de tirar el resto a la papelera que había al lado, pero luego volví con curiosidad a hojear los documentos: un documento de identidad de un trabajador de una empresa de telecomunicaciones, un recibo de pago de la factura del agua, una fotografía de dos niños jugando a la pelota, y una convocatoria para comparecer ante el tribunal, acusado de difamar al jefe de Estado. La tiré a la basura y abrí la siguiente. Era más grande que la primera, marrón y elegante. La abrí y encontré algunas monedas amarillas que no excedían un dinar, así que quedé aburrido. Metí los dedos en la sección de documentos y saqué un rollo que ocupaba la palma de la mano: tarjeta de ITV (Inspección Técnica de Vehículos) de un coche Kia, permiso de conducir, permiso de circulación, un recibo de la factura de la luz, y recibo de pago de una multa por viajar en autobús sin billete. Los tiré todos a la basura y abrí la siguiente. Con mis dedos medio e índice, saqué un rollo de billetes de nueva edición. Me lo llevé a la nariz, lo olí y me gustó su olor. Lo metí en mi bolsillo sin contarlos, y fui a las dos últimas carteras, donde no encontré nada más que algunas monedas amarillas y blancas. Antes de levantarme, tiré todas las billeteras a la basura, miré alrededor del jardín y me fui.

Pasé mucho tiempo moviéndome entre paradas de autobuses, deslizándome como un fantasma entre los pasajeros. Pensé que había entrado al mundo del robo por su gran puerta, y que no había manera de retroceder, quien robaba una vez, se convertía en ladrón para siempre. Un día en el autobús encontré

a una anciana dormida, tapándose toda la cara con un pañuelo, me tentó su edad y su debilidad, y como se decía, la mala cerradura incita al ladrón. Así que, me acerqué a ella y esperé el momento oportuno para abalanzarme sobre ella sin piedad. Cuando estuve seguro de que ella estaba profundamente dormida, y que los demás pasajeros no me prestaban atención, comencé a introducir suavemente mi mano en un bolso que colgaba de su hombro, y a recorrer con mis dedos su interior, hasta que encontré una pesada cartera, por lo tanto, empecé a enrollarla con toda cautela, mirando a todos los pasajeros, luego la saqué, con salvaje nerviosismo. La anciana abrió los ojos y agarró mi mano con fuerza. Intenté escaparme, pero la anciana se puso de pie, y allí era un joven en plena fuerza, del cual después me dijeron que tenía varios títulos en artes marciales. Sus golpes eran violentos, rápidos y repentinos, en el momento y el lugar que no esperaba. Yo gritaba y balaba como una cabra a la que le estaban esquilando, y mis gritos perturbaban la paz de todos los pasajeros que se reunían a mi alrededor, mientras me maldecían y se deleitaban con mi dolor. Vi algo de sangre correr por mi pecho, y me pareció que la mano que había metido en el bolso permaneció allí, hasta que unas personas de buen corazón intervinieron y me arrancaron de sus manos, maldiciéndome e insultándome. Cuando el autobús se detuvo, uno de ellos me empujó afuera y me caí, pensando que todo mi esqueleto se destrozó, y siguieron su camino. Después de aquel incidente, decidí dejar de robar, y preferí dedicarme a la mendicidad, profesión que me podría reportar abundante dinero, sin ningún riesgo.

Regresé de la Tienda Pública Central con las manos vacías, después de despedirme de mi nuevo amigo, el tío Mansur, a quien le había echado de casa Alifa, su único hijo. Pasé por un mercado de chatarra, y compré algunos utensilios de cocina para ahorrarme las costosas tarifas de comer en los restaurantes. Luego fui a una tienda, compré algunos alimentos, después tomé el autobús y volví a casa. Llegué después de la una de la tarde, puse la mercancía en la cueva, y me senté a descansar un rato escuchando la radio. Nunca me cansaba de descansar o sentarme solo, ésta había sido mi costumbre desde mi infancia. La idea de dedicar esfuerzo y tiempo al trabajo fue algo que nunca me gustaba.

Me tiré en la cama de madera, y dejé que mi imaginación navegara por el pasado. Cuando me convertí en ladrón, mi hermano Jawhar llegó a ser un empleado en la Empresa de Industria Alimentaria, una empresa que otorgaba altos salarios a sus empleados, además de múltiples subvenciones e

incentivos financieros que les pagaba en todas las ocasiones. Miré a mi alrededor y encontré la cueva cálida y cómoda, pero la casa en la que vivíamos mi esposa Zina y yo antes de que me despidieran de mi trabajo, no era nada comparada con esta cueva. Estaba ubicada en un barrio rico de la Nueva Ciudad, y contaba con un amplio salón, dos grandes ventanales que daban a un pequeño jardín, tres dormitorios, una cocina y un baño. Solía aprovechar el jardín para cultivar algunas verduras, y disfrutar cuidando sus árboles frutales, cuando regresaba temprano del Ministerio. Pasaba allí las tardes de primavera y verano tomando té con Zina, bromeando durante mucho tiempo y recordando nuestra infancia y nuestros años escolares, hasta llegar a los recuerdos de nuestro compromiso matrimonial. Ella siempre me hablaba honestamente, pero a menudo yo inventaba historias y eventos imaginarios cuando me preguntaba sobre las aventuras de mi juventud y las cosas divertidas que me sucedieron. La mayor parte de lo que le decía fuera pura mentira.

Después de que me despidieron de mi trabajo, el dueño de la casa nos despidió porque no le pagué el alquiler, así que recurrí a uno de mis viejos amigos en el Ministerio, y le pedí que nos permitiera vivir en una casa suya vacía por un tiempo, hasta que pudiera arreglar el asunto. Dudaba que aceptara, porque todos huían de mí cuando sabían el porqué de despedirme de mi trabajo. Pero esta vez tuve suerte, ya que este amigo aceptó sin dudar, así que le llevamos nuestro poco equipaje, ya que habíamos vendido casi todos los muebles, y gastamos su dinero en nuestra comida.

Por la tarde nos mudamos a nuestra nueva casa. Era una casa pequeña y estrecha, y el calor del verano era muy sofocante, ya que sólo tenía una pequeña ventana para ventilar las dos habitaciones y la cocina juntas. Afortunadamente, el baño tenía su propio estrecho ventanillo. Nos quedamos allí durante tres meses, durante los cuales no tenía idea de cómo conseguir otra casa, cuando mi amigo me pidiera que me fuera. Yo era como un ahogado arrastrado por aguas torrenciales, aferrado a un palo seco y delgado, sin saber cuándo se rompería o se le escaparía de las manos. Solía decir: «Vivo ahora y dejo para mañana lo que pasará mañana». En cuanto a Zina, estaba más tranquila y sosegada que yo, como si pensara que lo que le importaba era sólo mi propia satisfacción y no la suya. Por eso, estaba contenta con su condición, siempre y cuando yo no me quejara de nada. Una semana antes de que mi amigo nos echara de casa, se nos acabó todo el

dinero por el que habíamos vendido los muebles, y empezamos a dormir por las noches hambrientos, sin nada en el estómago más que un trozo de pan seco y aceitunas que había estado pidiendo a la vecina de enfrente.

Mi amigo llamó a nuestra puerta ese fin de semana a las siete de la mañana, y me pidió que desalojara la casa inmediatamente, porque venía en camino un nuevo arrendador cargado de muebles. Le dije que me concediera uno o dos días más, pero se negó, así que, le pedí desesperado que me diera sólo una hora. Volví a Zina y le informé del asunto. Su rostro no mostraba ningún índice de preocupación o enojo, sino que simplemente me preguntó: «¿Qué harás entonces?» Sonreí y dije: «No te preocupes». Deseaba en mí que ella me sugiriera alguna solución, aunque fuera imposible en ese momento, pero en cambio, empezó a contarme una anécdota que le pasó con su amiga en el patio del colegio, hace unos veinte años. Me acosté de nuevo en la cama, con la mente libre de problemas, mientras Zina se sentó en el borde de la cama, peinándose y bostezando. Me quedé dormido rápidamente, y luego volvieron a llamar a la puerta, violenta y furiosamente. Me bajé, me puse un pequeño bolso al hombro y le dije a Zina: «Toma tu bolso y prepárate para salir». Ella salió primero y yo la seguí. Encontramos al dueño de la casa con una sonrisa halagadora y de disculpa, diciendo:

_Así es la vida, amigo. No permanece en una sola condición.

La seguí en silencio, a pocos pasos del dueño de la casa, en dirección a la carretera principal.

_ La llave. No me diste la llave. -Dijo mientras seguía nuestros pasos con la mirada.
_ Allí está, en la cama. -Le dije sin volverme hacia él.

Seguimos caminando lentamente hasta llegar al cruce, y nos detuvimos. Zina dijo sin mirarme, y sin confusión alguna ni tristeza:

_Y ahora, ¿adónde vamos?

_No lo sé. -Respondí.

Avancé unos pasos hacia ella hasta quedarme justo a su lado, con el hombro pegado al suyo, hasta sentir su respiración entrar y salir con monotonía. Y dije:

_ Aburrih está ahora en el barlovento. Buscaré un refugio para una sola persona, ya sea para ti o para mí.

La vi darme la espalda y mirar en dirección opuesta, y la oí sollozar. Luego me dejó y se fue sola, diciendo: «Tal vez algún día nos encontremos».

La seguía con la mirada mientras ella caminaba erguida y a paso firme, con el bolso en la mano izquierda, y antes de torcer a la derecha, grité en voz muy fuerte: «Zina..., Zina». Sin embargo, de repente dobló la esquina y desapareció de mi vista. Me vino una idea repentina de correr tras ella, y apartarla de su decisión. Pero rápidamente me abstuve, recordando su desconcertante pregunta de hacía poco: «Y hora, ¿adónde vamos?».

3

Cogí mi bolso y me dirigí a una choza cubierta de hojalata y paja detrás de la zona industrial. Originalmente fue un primitivo baño utilizado por trabajadores y constructores de la zona industrial, durante su construcción hace varios años. Seguí un sendero pequeño y sinuoso, bordeado de hierba seca a ambos lados. Caminé un rato hasta llegar.

Eran las diez de la mañana y el cielo estaba cubierto de espesas nubes otoñales. Los excrementos humanos se habían descompuesto debido al calor, convirtiéndose casi en polvo y perdiendo su olor inicial. Los barrí con las ramas del pino que había allí, y coloqué trozos de nailón sobre su techo de hojalata cubierto de paja, que traje de un montón de basura, para evitar que se filtrara el agua de lluvia. Me senté en un ladrillo rojo en el interior, y miré hacia fuera: el muro de la zona industrial se extendía alto frente a la cabaña, girando hacia la derecha a lo largo de una larga distancia, bloqueando la vista del otro lado de la ciudad. Detrás de la cabaña había algunos árboles silvestres altos y enredados, que proporcionaban sombra en verano y calor en invierno.

Tenía mucha hambre, mis bolsillos estaban vacíos de dinero, y todo lo que me quedaba por hacer era robar para salvarme de una muerte lenta pero segura. Esperé hasta que sonaron las sirenas de las fábricas industriales al mediodía, señalando la hora del descanso. Llegaron trabajadores de todos lados, abarrotando los restaurantes de los alrededores. Me levanté, cerré la puerta de la cabaña con una cuerda de metal, y me filtré entre la multitud

reunida delante de los restaurantes. Entré al primer restaurante que encontré, y pedí una comida completa de pollo, ensalada a la parrilla y patatas. Después de que el camarero me la envolvió, me dirigí hacia la cajera, pero tardé un poco en llegar, para dejar paso a otros clientes, luego fui al baño, donde esperé un rato, y después salí rápidamente por la puerta trasera.

Hice lo mismo por la noche con éxito, y en los días siguientes en el mismo restaurante, y luego en otros restaurantes, hasta que comencé a variar los platos: pollo, pescado, carne, huevos y una variedad de ensaladas.

Solía pasar gran parte del día durmiendo en la choza, no salía de ella más que para robar comida, luego volvía a dormir. Por la noche salía a caminar por el centro de la ciudad, recorriendo sus calles sin destino, hasta aparecer los primeros rayos de luz del amanecer. Permanecí en este estado durante algunos meses, hasta que una tarde me vieron salir del restaurante en flagrante delito. Intentaron rodearme, bloquear todas las puertas del restaurante, y me atacaron armados con cuchillos, cucharas, platos y sillas. Sin embargo, hice acopio de fuerzas extrañas en mí, y corrí hacia ellos bramando como un toro, pateando con mis cuatro patas a cualquiera que se interpusiera en mi camino, hasta lograr abrir un pequeño paso entre ellos y salir a la calle, mientras me apedreaban por la espalda con platos, sillas y tazas. Corrí por la calle oscura como un caballo errante, mientras algunas voces me perseguían diciendo: «Deténganlo... es un ladrón, hijo de puta». No me detuve hasta después de un largo rato de carrera, cuando estuve seguro de que había sobrevivido a una fuerte paliza, a un severo aplastamiento de huesos, y a un encarcelamiento seguro.

No regresé a la cabaña después de ese incidente, porque prevé que me buscarían por esa zona, y no se descansarían hasta atraparme, por lo que esa misma noche fui al suburbio sur de la ciudad. Llegué alrededor de medianoche, cansado por haber sido perseguido y por correr tanto, y busqué una estación de autobuses sin pasajeros, oscura y apartada de los habitantes. Los ladrones, como yo, odiábamos la luz. Extendí unos papeles de cartón encima de tres sillas alineadas, luego saqué mi cena de la bolsa, por la que casi me mataban, y empecé a devorarla con gran avidez. Después, me cubrí con otros papeles de cartón y cerré los ojos, disfrutando del sonido de los grillos y el croar de las ranas que me llegaban desde unos pantanos cercanos.

En otra ocasión fui a la Estación Central de Trenes, estimando que era muy propicia para carteristas y robos, debido al gran número de gente que la

frecuentaban. Sin embargo, desde mi llegada, me sorprendió encontrar pequeños carteles pegados en las paredes de la fachada que decían: «Cuidado, hay ladrones». ¡Qué pena! La gente allí era muy cuidadosa, y me costaba menos derribar una montaña que robarle un sólo centavo. Me paré frente a la puerta de entrada, observando a la gente que entraba y salía, con muy pocas esperanzas de asaltar a nadie.

_ Buenos días, bastardo. -Dijo uno de los jóvenes que estaba cerca de mí a su colega que acababa de llegar.

_ Buenos días, hijo de puta. ¿Hay algún indicio? -Él respondió.

_ Esperemos, que la buena suerte siempre llega demasiado tarde. -Dijo.

La respuesta de uno de ellos: «La buena suerte siempre llega demasiado tarde» me animó, y me dio un gran impulso de esperanza para permanecer allí el mayor tiempo posible. Sobre las diez de la mañana, empezó a llegar gente a la estación, esperando el tren de las diez y media, como indicaba el horario colgado en la puerta. Cada vez que veían el cartel y leían la frase «Cuidado, que hay ladrones», empezaban a palpar sus bolsillos, bolsos y carteras, lo que servía de indicación clara e indirecta de los lugares donde ponían su dinero, y se convertirían en fácil objeto para el asalto de quienes habían escrito y colgado estos carteles, es decir, los propios ladrones.

Sentí la necesidad de ir al baño, ya que anoche tomé comida muy salada robada de un restaurante de autoservicio. Cuando salí, encontré a una mujer que ponía sus maletas frente a la puerta, dejó a su hijo a su lado, y corrió al baño de mujeres. Me apoyé contra la pared, esperé a que entrara, luego permanecí varios minutos más para asegurarme de que realmente había comenzado a hacer sus necesidades. Me acerqué al niño y le pedí que mirara los juguetes colgados cerca de él. Tan pronto como los vio, se precipitó hacia ellos, dejando las maletas detrás de él. En un abrir y cerrar de ojos, agarré una de ellas y me escapé aterrado. Inmediatamente, cogí un taxi y cerré la puerta nerviosamente diciendo: «Distrito de Riad». Yo estaba sentado quieto al lado del conductor, pero dentro de mí había un volcán explotando de esperanzas y deseos por este botín. Era la primera vez desde que me convertí en ladrón profesional que robé algo parecido. Pensé que tal vez pudiera despedirme para siempre de los años de hambre y pobreza, gracias a mi propia astucia, al amor del niño por los juguetes y la diversión, y a la extrema estupidez de la mujer.

Bajé frente al Parque Público, después de pagar al conductor con algún suelto que encontré en uno de los bolsillos exteriores de la bolsa, repitiendo en mí que la buena suerte no siempre llegaba tarde. Me dirigí a una silla entre algunos árboles, abrí la bolsa y comencé a esparcir lo que había dentro. Al principio busqué dinero en todos sus bolsillos internos y externos, y sólo encontré unas pocas piezas completamente insatisfactorias, pero al menos me garantizaban una comida para el día. Me senté en el suelo y abrí las piernas, separándolas lo más posible, hasta que sentí dolor, y abrí la bolsa hasta cubrir mis muslos. Encontré un gorro de tela roja para niños, una pequeña bolsa que contenía algunas medicinas y medicamentos, un manojito de llaves de diferentes tamaños, una cajita que contenía algunos caramelos, y un sobre blanco grande, herméticamente cerrado. No había nada digno de mención en ese bolso. Tomé el sombrero y traté de meterlo en mi cabeza, pero no pude. Lo intenté de nuevo, pero oí que la tela chirriaba y se abría por un lado. Lo dejé a un lado, y me quedé un rato examinando el contenido de la bolsa frente a mí. Abrí el sobre y encontré un certificado de bachillerato original y una tarjeta de expediente académico. Su fecha se remontaba a nueve años atrás. Volteé el diploma de bachillerato en las manos y lo toqué con las yemas de los dedos, me gustó su textura suave, lo acerqué a mi nariz y lo olí. No tenía ningún olor especial como todas las hojas. Abrí la bolsa de medicinas y busqué pastillas para la fiebre o el dolor de cabeza, pero no las encontré. Tomé un caramelo y lo pegué al paladar derecho, saboreando su sabor agrio y dulce, y me gustó. Saqué otra pastilla y la coloqué en el paladar izquierdo. Cogí el manojito de llaves, las encontré bastante pesadas, y me parecieron muy similares a las llaves de nuestra casa de la que Zina y yo fuimos expulsados. Empecé a divertirme con ellas, tirándolas hacia arriba con la mano derecha, y recibéndolas con la izquierda, y me impresionó la rapidez y la destreza de mis manos. Seguí repitiéndolo, cada vez más rápido, hasta que cayeron al suelo. Miré a mi alrededor, buscando un contenedor de basura en el que tirar esos artículos. Los guardé todos en la maleta, la cerré y fui al contenedor. Introduje un poco la cabeza, examinando su fondo, y fui recibido por un olor muy fétido y desagradable, volví la cara, luego saqué de la bolsa el sobre que contenía el certificado de bachillerato y la tarjeta de expediente académico, y me dije que esto no lo merecía la basura. Tiré el resto al contenedor y me largué de allí.

A mediodía sentí hambre, porque no había comido nada desde la cena muy salada del día anterior. Entré a un pequeño restaurante y comí pollo asado y ensalada. Después de de la comida, pensé en lo que haría con el sobre que

guardaba, que contenía un certificado de bachillerato y una tarjeta de expediente académico. Este certificado no tenía ningún valor para mí, y desde hace mucho tiempo odiaba los certificados científicos, odiaba a quienes los poseían y siempre se jactaban de ellos delante de los demás, pensando que habían construido las pirámides o el gran muro de China.

Regresé por la noche a pie a mi choza en la zona industrial, no para quedarme allí, porque me podrían atrapar, sino para recuperar el bolso que había dejado y me escapé, después de que me persiguieron y me golpearon en la espalda con platos y sillas. Encontré la choza igual como la dejé. Palpé el suelo hasta que encontré el bolso. Me lo colgué del hombro y caminé junto a la pared en la oscuridad hasta llegar a los suburbios del sur. Me acerqué al puente por donde pasaba el tren, me deslicé debajo, donde puse mi bolso, extendí unos cartones y me dormí.

Me desperté a las cinco de la mañana por el ruido de las locomotoras del tren, que al pasar por el puente, casi me ensordecía los oídos, y me desgarraba el pecho. Después, no podía dormir a pesar de intentarlo muchas veces. Me acordé del sobre, lo abrí, saqué el certificado de bachillerato, recosté la espalda contra la pared del puente y comencé a pensar en su destino. Pensé disolverlo en agua, poner este líquido en una botella pequeña y enviárselo a mi hermano Jawhar, escribiendo encima la siguiente nota: «Yo lo disolví y tú bebe su agua, y envía el resto a quienes tienen título de bachiller, para que beban de su jugo». Me dije que al final, Jawhar no me superaba en nada, a pesar de obtener este certificado. Entonces yo era libre, podía dormir donde quisiera, levantarme cuando apeteciera, e ir a donde me diera la gana. Ningún horario de trabajo restringía mis movimientos, y ningún gerente supervisaba mi trabajo. Era completamente libre, no tenía mujer que me rompía la cabeza todos los días con una lista de compras, ni niños que me aburrían con sus preguntas inteligentes y estúpidas, ni familiares y vecinos a quienes tenía que cuidar, saludar cada mañana y felicitar por las fiestas.

Me dije que también podía conservar este certificado y luego falsificarlo. Borraba el nombre del dueño, y ponía mi propio nombre. Sabía que esto requería técnicas especiales, pero quien sabía robar en los autobuses, en las estaciones y en los restaurantes no era incapaz de falsificar un certificado. Me imaginé mi nombre escrito en el certificado de bachillerato: «El Ministro de Educación asignó este certificado al estudiante Aburrih con una calificación de 'muy bueno'». Luego me dije que Kenz era mi verdadero nombre, y que mi nivel no merecía esa calificación, por lo que la forma sería la siguiente: «El

Ministro de Educación otorgó este certificado al estudiante Kenz Al-Hilali con una calificación de 'muy promedio'».

Me sentí soberbio y orgulloso, a pesar de que hacía poco, había subestimado la importancia del título de bachillerato. Imaginé que este procedimiento tendría éxito, y que me aceptarían en uno de los puestos estatales con un certificado falso. ¿Quién garantizaba que todos los empleados del sector público y privado tuvieran certificados válidos? ¿No había uno por ciento de posibilidad de que algunos de ellos entraron al trabajo con certificados falsos? Hacía años, leí una noticia en un periódico que decía que había doscientos empleados en una de las principales empresas gubernamentales que tenían certificados falsos. ¿No era posible que uno de mis profesores del instituto tuviera un certificado falso, o incluso el propio director, y quizás también la Ministra de Educación? Luego aparecían en los medios de comunicación, ofreciéndonos lecciones elocuentes de integridad, perseverancia, sinceridad y autosuficiencia.

Me alegré de esta idea y me imaginé regresar al Ministerio de Asuntos Exteriores, pero esta vez no como conserje del director, sino como cónsul en uno de los países árabes. Como de costumbre, recurriría a mi arma de adulación y engatusamiento a los funcionarios, por lo que me nombrarían embajador, luego redoblaría mis esfuerzos y me convertiría en Ministro de Asuntos Exteriores. Al cabo de un tiempo me encontraría en el Palacio como Presidente de la República y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, con un título de bachiller falsificado. ¿Qué está mal en eso?

Al final, descarté esta posibilidad, y me dije que tenía que acortar el camino y los problemas, vendiéndolo, cobrando el precio, y que no me importaba lo que hicieran con él. Sentí que me dolía la espalda por la sólida pared del puente, cuando el ruido del tren empezó a llegar a mis oídos, a medida que se acercaba poco a poco. Esperé hasta que estuvo a unos metros de mí, y me tumbé boca abajo, tapándome los oídos con los dedos índices, pero su fuerte fragor seguía sacudiéndome, casi me rompía la cabeza cada vez que avanzaba un metro. Cuando sentí que estaba completamente encima del puente, y el sonido se volvió insoportable, coloqué la bolsa sobre mi cabeza, y me tapé los oídos con los pulgares hasta que pasó, dejando el puente temblando como si estuviera a punto de caer.

Volví a apoyar la espalda contra la pared, pensando si el puente se derrumbara sobre mí, y entonces moriría sin que nadie se diera cuenta, nadie

llorara o sintiera lástima por mí. Quizás encontrarán algunos de mis restos, cuando empezaran a restaurarlo, años después, y pensarían que eran huesos de un perro o de un gato grande.

Recordé que mi padre nos estaba hablando a mí y a Jawhar del ladrón compasivo, y nos sorprendió esta descripción, porque pensábamos que los ladrones sólo eran crueles e inhumanos. Decidí esta vez, y sólo esta vez, ser un ladrón misericordioso. Me dije que al menos cuando muriera, dejaría una persona que se acordara de mí, y pidiera a Dios que tuviera misericordia de mí. Así que tomé el sobre, fui a la Oficina de Correos, tiré el certificado y la tarjeta en el buzón público, y seguí mi camino. No sé por qué tuve una extraña sensación de alegría durante todo el día, y me acompañó tal vez por varios días más.

4

Cuando me aburrí de recordar el pasado, mientras estaba acostado de espaldas en la cama de madera de mi cueva, me levanté, gateé afuera, y el sol de la tarde me deslumbró con sus rayos dorados. Decidí subir hasta el final de la montaña para ver qué había más allá. Utilicé un palo resistente de una rama de roble, y comencé a ascender entre los árboles del bosque con ramas exuberantes. Continué palpando el camino con dificultad, doblando la espalda por momentos, caminando a cuatro patas por otros, e incluso arrastrándome boca abajo en otras ocasiones, hasta llegar a la cumbre. Era una superficie rocosa formada por factores naturales, sobre la que ningún árbol creció.

Me quedé jadeante, apoyado en mi bastón, y extendí la mirada hacia el horizonte lejano: el pueblo me parecía blanco y remoto, como una pluma flotando en el aire. Luego me volví, y miré hacia el otro lado, y vi un valle no muy lejos, sus aguas fluían abundantemente en medio del vasto y silencioso tierra salvaje, provocando un dulce y continuo murmullo, similar al zumbido de las abejas. Pensé que podría ser uno de los principales valles que desembocaban en el río Medjerda¹. El aire era agradable y acariciaba mi cara

¹ Medjerda : es el principal río de Túnez que discurre por Argelia y túnez, y desemboca en el Mar Mediterráneo. Su longitud es 450 km.

sudorosa, haciéndome activo y enérgico. Pero al cabo de un rato, empezó a convertirse en un viento que se hacía más fuerte, a medida que el sol se ponía, y comencé a resistirlo, manteniendo los pies y el palo firmemente plantados en la tierra, para que no me apartara de mi lugar y me hiciera caer al pendiente. Comenzó a empujarme a derecha y a izquierda, mientras yo me aferraba a la superficie rocosa, entonces me dije: «Este lugar debe ser un barlovento», así que decidí bajarme, mientras el sol se acercaba a ponerse.

Antes de llegar a casa, me senté a descansar sobre una roca de cristal donde casi se podía ver el rostro, y sin motivo volví a recordar a mi hermano Jawhar. Aunque fuéramos gemelos, nadie podría darse cuenta de ello. Mientras que yo era alto, delgado, de pelo lacio, cara redonda y piel trigueña, él era de estatura media, bastante regordete, de pelo rizado, rostro ovalado y piel oscura. No nos parecemos en nada. Incluso en el comportamiento, estamos casi en extremos opuestos. Desde pequeño fui muy travieso, y nadie en mi clase en la escuela se salvó de mis daños. Mientras que Jawhar tendía a ser callado, sólo escogía entre sus amigos a niños mansos como él. Yo odiaba la clase, al profesor y a los estudios, y no iría a la escuela a menos que me obligaran a hacerlo, pero Jawhar estaba muy apegado a la escuela y al estudio. Por lo tanto, yo generalmente pasaba de un nivel a otro haciendo trampa en el examen, y mis resultados a menudo eran promedios, mientras que él era uno de los que sobresalía en los estudios. Lo extraño, es que no sentía celos ni envidia de él por su superioridad sobre mí, sino que lo vi como un defecto en él, porque no conocía nada de la vida excepto el bolígrafo, el libro y el cuaderno.

Así, seguimos hasta que él obtuvo el bachillerato con calificación honorífica, mientras que a mí me castigaron con la privación de participar en ese examen nacional durante cinco años, porque me atraparon haciendo trampa en el examen. Fue a estudiar comercio a la universidad, pero yo decidí no volver nunca más a la escuela una vez cumplida la condena.

Entré en mi cueva cuando el sol desapareció tras el crepúsculo, y no encontré allí nada para comer. Me cambié de ropa, y comencé a preparar mi propia cena, después de haber comprado algunos utensilios en el mercado de chatarra, algunas verduras, harina, aceite y huevos. Preparé una pequeña estufa fuera de la cueva, y coloqué una sartén encima, donde mezclé las verduras con aceite y huevos, luego les eché abundante agua y esperé a que se cocinaran. Estaba sentado con las piernas cruzadas, contemplando la escena debajo de mí, con sus árboles enredados, caminos bifurcados y

pendientes escarpadas terminadas en algunas llanuras conectadas con el pueblo lejano y con luces mortecinas. El delicioso olor a comida llenó mi nariz, por lo cual comencé a revolverla y a agregarle sal de vez en cuando, hasta que se volvió fresca. Saqué la sartén del fuego, la cubrí con una servilleta, luego vertí agua en otro bol, le agregué harina, aceite y sal, y preparé una masa, después de frotarla bien con las manos y los dedos. Cuando terminé, la coloqué en la estufa y la volteé hasta que se volvió fragante, y se convirtió en pan dorado.

Después de cenar, comencé a sentirme solo por primera vez mientras estaba en lo más profundo del bosque, y el silencio de la noche comenzó a provocar fuertes contracciones en mi alma, y sentí que necesitaba a alguien que me consolara, aunque fuera sólo por su presencia. Recordé al búho al que ayudé a salvar a sus pollos de la serpiente, y deseé que posara a mi lado y comenzara a ulular, salvándome del silencio de la noche y la extensión del bosque. Decidí esperar a que saliera con las primeras luces de la luna llena, por eso, soplé la estufa cuyas brasas estaban casi apagadas, luego llené una olla con agua, le puse un puñado de té y azúcar, y lo dejé hervir. Prestaba oído a cada movimiento y cada sonido, disfrutando con la contemplación de la luna que comenzaba a asomar, bañando el bosque en una luz suave y tranquilizadora. Recordé lo que nos decían sobre los dibujos y formas que veíamos en su superficie, así que los volví a mirar atentamente: una mujer desnuda colgada del pelo o de los pechos a causa de un terrible pecado que había cometido. Esta creencia me acompañó durante toda mi infancia y una buena parte de mi juventud, hasta que leí sobre la ascensión de Yuri Gagarin a ese planeta, y luego siguieron otros, mi visión del mismo cambió, y supe que era un planeta pequeño ni más ni menos, similar al planeta Tierra. El olor del té olía muy bien, así que lo vertí en una taza grande hasta que estuvo completamente llena, y comencé a soplar para enfriarlo, luego tomé un largo sorbo, produciendo un dulce sonido en la oscuridad total. Mientras estaba así, la lechuza revoloteó cerca de mí, luego se posó en un árbol no lejos de mí, y mi corazón latía con ella entre mis costados. Estuve a punto de levantarme y acercarme a ella, pero tenía miedo de asustarla y hacerla huir de mí, así que me moví un poco, me arrodillé y le tiré unas migajas de pan. Ella no reaccionó, solo vi su gran cabeza girando en varias direcciones a la luz de la luna. Volví a tirarle trozos de pan más grandes que los primeros, por lo que saltó del árbol y empezó a recogerlos.

_Soy Aburrih. -Le susurré cerca de su oído.

Estaba ocupada comiendo las migajas.

_El pan sabe delicioso, ¿no? No sabe a gusanos ni a escarabajos, ¿verdad?

Sacudió levemente la cabeza mientras tragaba las migajas.

_ ¿Me recuerdas? Soy Aburrih, a quien pediste ayuda hace unos días para matar al bicho que quería matar a tus pollitos.

De repente dejó de comer, y miró a todos lados con los ojos muy abiertos, luego me miró moviendo la cabeza.

_Nunca olvidaré tu amabilidad hacia mí ese día. -Pareció decirme.

Sin que yo le hiciera nada, agitó sus alas y voló hacia las altas colinas. Esperé ansiosamente su regreso, hasta que pensé que me había tenido miedo, y que nunca volvería. Cuando estaba a punto de entrar a la cueva, oí sus alas batir suavemente en la oscuridad, y se posó en el tronco en el que estaba sentado. A la luz de la luna llena noté algo colgado de su pico ganchudo que no pude distinguir. Quería acercarme un poco más a ella, pero luego me abstuve de hacerlo por temor a que se asustara y huyera, pero se bajó del tronco y caminó hacia mí con pasos firmes hasta estar a mi alcance. Puso lo que tenía en su pico y regresó a su lugar. Miré fijamente y descubrí que era un ratón regordete que goteaba sangre.

_ Muchas gracias, señor Búho. -Le dije mientras giraba la presa con un palito- Pero los humanos no comemos ratones.

Batió las alas a los costados y comenzó a limpiar su cuerpo con el pico.

_ Llévalo a tus pollitos, sin duda tienen hambre, pero yo acabo de cenar.

Agarró el ratón entre las garras de su pierna derecha, luego lo tomó con su pico, y se lo arrojó al estómago de una vez, luego dio dos vueltas y regresó al lugar de donde había venido. Estaba seguro de que volvería y traería algo más, así que volví a soplar en la estufa y poner el té. Esta vez tardó mucho, así que tomé la primera y la segunda taza de té, cuando se posó muy cerca de mí, y colocó frente a mí un pez de tamaño mediano que se retorció encima de la roca.

_Ven, acércate, no tengas miedo. -Le dije mientras le tendía la mano.

Dio dos pequeños saltos y estuvo al alcance de mi mano, que temblaba violentamente por el impacto como resultado de la rápida interacción de ese hermoso pájaro conmigo.

_Eres un pájaro maravilloso y un buen compañero. -Le dije, acariciando con la mano las suaves y sedosas plumas de su cabeza.

Dio ligeros golpes con sus alas en los costados.

_Soy extraño en este lugar aislado, y he estado buscando un compañero durante mucho tiempo, hasta que te me enviaron a esta hora de la noche.

Se dio la vuelta una vez, y volvió a poner su cabeza bajo mi mano para que pudiera acariciarla.

_Realmente no tienes nombre, te llamaré de ahora en adelante Abulcaram¹, ¿estás de acuerdo?

Abrió sus alas ampliamente, en forma horizontal, hasta que midieron aproximadamente un metro de largo, bajó la cabeza, luego se alejó unos pasos de mí, y de repente voló hacia las altas colinas.

_Buenas noches, Abulcaram, hasta luego. -Le dije.

Cogí el pescado, lo limpié con un poco de agua, lo corté en rodajas y lo puse al fuego. Cuando estuvo maduro y fragante, lo devoré con gran deseo, luego entré en la cueva, cerré bien la abertura, apagué la vela y traté de dormir al son de la radio. Sin embargo, mis ojos permanecieron bien abiertos en la oscuridad de la cueva. Pensé nuevamente en el búho y me vinieron a la mente preguntas sobre él que nunca antes se me habían ocurrido, como la diferencia entre él y yo. Ambos vivíamos solos en el bosque, los dos buscábamos comida, sin esperanza de un futuro mejor ni capacidad de planificarlo, y ambos hacíamos nuestras necesidades en hoyos y bajo los árboles en paz y sin que nadie nos molestara. Pero pensé que había una gran diferencia entre nosotros con respecto a nuestra conciencia del espacio y el tiempo. Sabía que mi nombre era Aburrih, que vivía en un bosque en el norte de África, que me limitaba el mar Mediterráneo al norte y al este, y que vivía en el primer cuarto del siglo veintiuno. ¿Tenía el búho algo de esta información? Quizás si le hubiera preguntado, me hubiera respondido con información completamente diferente a la mía, y me hubiera dicho que se

¹ Abulcaram : significa en árabe « padre de la generosidad ».

llamaba "Posifer", y que vivía en "Mupiva" entre "Bukuma" y "Sivapo", y que realmente se sentía "Palurimo" como si fuera "Bulima Al-Foko".

Me pareció que exageré mucho en mi percepción de su diferencia de nosotros, y en su falta de conocimiento sobre nuestra vida, y me dije que debía estar al tanto de los grandes acontecimientos que vivió nuestra región árabe, como el de " La Conferencia de Kairouan¹ para establecer la Unión de los Pueblos y los Estado de habla árabe". No había duda de que también era consciente de que la lengua árabe fue dividida en veintidós dialectos, y que cada dialecto contenía decenas de dialectos, y que algunos intelectuales árabes la desdeñaron, y se avergonzaron de utilizarla ante el mundo, y lo reemplazaron por dialectos locales en ocasiones, y por lenguas europeas en otras, y que los presentadores y presentadoras de programas de radio y televisión pasaron a utilizar lenguas híbridas, combinando dialectos locales y lenguas extranjeras.

Luego me afirmé que era imposible que el búho no supiera que el siglo XXI comenzó con la eliminación total del unilateralismo social con textos legales estrictos adoptados por la Conferencia de Kairouan, que impedían que un hombre impusiera a su esposa su forma de vida, pensamiento y su gusto en la vestimenta, la comida, el entretenimiento y el arte, y nos volvimos completamente libres como mi presente libertad en la cueva y todavía más. Todas estas preguntas me desconcertaron y me hicieron desear encontrarme con el búho Abulcaram para poder hacérselas.

Me desperté al día siguiente con los ojos hinchados de tanto dormir, así que me puse mi ropa de trabajo, saqué algo de dinero del cofre de piedra, y me dirigí a la ciudad, presagiando que regresaría con las manos vacías como el día anterior. No recogí ni un centavo desde que regresé del zoológico, y temía que el dinero que había recogido allí se acabara pronto. Cambié mi plan de acción y comencé a mendigar desde que subí al autobús, extendiendo la mano hacia adelante hasta que me bajé.

Caminé hacia la Universidad sin que mi mano se cansara ni se aflojara, a pesar de mi sensación de cansancio. Me filtraba entre los grupos de estudiantes mientras bromeaban y reían, deteniéndome por un momento frente a algunos de ellos, pero nadie respondió a mi solicitud. Me senté junto

¹ Kairouan : ciudad tunecina ubicada en la mitad norte del país. Es la cuarta ciudad sagrada del Islam después de La Meca, Medina y Jerusalén.

a la pared, frente a la puerta principal de la universidad, donde estudió mi hermano Jawhar, y de la que, si hubiera tenido suerte, habría sido uno de sus graduados. Un grupo de estudiantes pasó frente a mí, discutiendo en voz alta sobre temas relacionados con el comercio, y ninguno de ellos me hizo caso, excepto una estudiante que volvió corriendo hacia mí, y puso una moneda de medio dinar en mi mano, pero apenas había alcanzado a sus colegas, todos la regañaron. Les oí decir que el gobierno estaba espiando a los estudiantes enviando mendigos a sus universidades. Me dije a mí mismo que esto no debilitaría mi determinación, y que continuaría trabajando para ganarme la vida hasta el final del día.

A las cuatro de la tarde, los estudiantes empezaron a salir y comenzaron a regresar a sus casas, individualmente y en grupos, así que los seguí y en la mano tenía la moneda de medio dinar que la estudiante me había dado. Caminaba tambaleándome y ligeramente encorvado, cuando se me acercaron dos estudiantes, y uno de ellos puso en mi mano otro medio dinar y me preguntó:

_¿No tienes trabajo?

_Sí lo tengo, este es mi trabajo. -Dije sin mirarlos.

_Pero es un trabajo miserable, y la dignidad es por encima del pan. ¿No crees?

_ Bueno. Pero si no encuentro trabajo, tengo que vivir, aunque sin dignidad.

_Aún eres capaz de realizar otro trabajo que te proporcione una vida digna mejor que esta profesión. -Comentó entusiasmado el estudiante.

_Estaba trabajando, pero me despidieron.

_¿Y dónde trabajaste? -Me preguntó con entusiasmo.

_ Era un empleado en el Ministerio de Asuntos Exteriores. -Respondí.

Cuando oyeron mi respuesta, fueron corriendo mientras decían: «Es un espía. Trabaja en el Ministerio del Interior». Continué mi camino pensando en el trabajo que había perdido y la frase del estudiante se repetía en mi mente: «Es un espía, trabaja en el Ministerio del Interior».

Después de abandonar los estudios, pasé cuatro años en un vacío casi total. Pasaba la mayor parte del día durmiendo, y por la noche comenzaba mi

verdadera vida. Iba a discotecas a bailar sobre la música occidental, y cuando volvía al amanecer, me ponía a ver películas largas hasta que me daba sueño, y me quedaba dormido. Mi madre, que Dios tenga piedad de ella, me daba diez dinares todos los días y los ponía sobre mi mesa, diciendo: «Es joven, está en la adolescencia, y debe entretenerse un poco». A veces intentaba dedicarme a algunas aficiones, como pescar en el puerto cercano a nosotros, y otras veces participaba en el club de teatro de la Casa de la Cultura. Me encantaba el teatro desde pequeño, y solía ir a ver algunas de las obras que se presentaban en la Casa de la Cultura cerca de nuestra casa. Pero dejé el teatro y nunca volví a él desde el incidente de lo que se conoció como la obra "Agitación", al final de la cual los actores olvidaron que estaban interpretando papeles teatrales, y que simplemente estaban presentando un espectáculo de entretenimiento, y algunos de ellos se insultaron unos a otros, y luego se golpearon brutalmente a causa de una disputa entre ellos, que era una parte de la trama de la obra. Al principio el público se puso de pie, aplaudiendo y animándolos, pensando que los actores eran creativos, hasta que vieron algo de sangre brotando de las bocas y cabezas de algunos de los actores, por lo que huyeron despavoridos, y yo huí con ellos para siempre, y el teatro estuvo prohibido en nuestra ciudad durante muchos años.

Como no prefería las reuniones, ni las actividades colectivas, pronto abandoné toda actividad que me conectara con la gente y continué mi vida, encerrándome en mí mismo. Lo que recuerdo ahora es que pasaron cuatro años en un abrir y cerrar de ojos, hasta que un día mi madre me contó que había hablado de mí con mi tío Salem, que en ese momento trabajaba como conserje en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y que estaba a punto de jubilarse, y le prometió que me buscaría trabajo con ellos. Unos días después, me encontré sentado frente a una gran mesa a la entrada del Ministerio para recibir a los visitantes, y guiarlos hacia las oficinas y servicios que buscaban allí. Antes de empezar a trabajar, me dijeron que tenía que ser elegante en mi forma de vestir y también en mi forma de hablar. Así que siempre llevaba un traje negro, una camisa blanca y una corbata azul oscuro, y siempre tenía una sonrisa falsa en la cara.

Desde temprana edad fui propenso a hablar exageradamente, y me encantaba mentir demasiado. Le miento a todo el mundo: a mi madre, a mi padre, a mi hermano Jawhar, a mi tío Salem, a mis vecinos, a mis compañeros del barrio y de la escuela. Cuando ya era joven, comencé a decir mentiras con gran habilidad, como los cuentistas y los novelistas. Mentir se ha

convertido en mi única forma de comunicarme con la gente y la sociedad. Miento con y sin motivo, y nunca me avergüenzo si alguien se entera de mí. Miento, y miento, y miento, hasta que me duele la cabeza, y para aliviarla, aumento el grado de mentira. Cuando no encuentro a nadie a quien mentir, empiezo a mentirme a mí mismo. Comencé mi nuevo trabajo cuando estaba en mi mejor momento de mentir, y me volví más hábil en eso que en cualquier otra cosa. Con la mentira comencé a dominar otra habilidad, y vi que era el momento adecuado para usarla: adular a los responsables y humillarme ante ellos. Así que en unas pocas semanas, me trasladaron de un simple portero en la entrada del Ministerio al conserje del Director en el cuarto piso. Vi cómo algunas de las personas a las que cortejaba antes, me halagaban para cumplir con sus necesidades con el director.

Cuando estaba trabajando en la entrada del Ministerio, la mayoría de los trabajadores y empleados me despreciaban y no se interesaban por mí en absoluto, y ni siquiera respondían cuando los saludaba al entrar o salir. Me acercaba a ellos y los halagaba de manera vergonzosa, pero ellos seguían insultándome, haciéndome sentir, a veces implícitamente y a veces explícitamente, que yo era sólo un portero, y no debía aspirar a nada más que eso. Sin embargo, les tenía demasiado respeto, especialmente a aquellos que más me despreciaban y me humillaban. Solía mostrar humillación y deshonor cada vez que alguien entraba por la puerta, ya fuera a pie o en coche, usando un tono bajo y sumiso. Cuando se trataba de visitante común, cambiaba completamente mis modales, y me convertía en un caballero y un león. Levantaba mi pecho y caminaba con arrogancia, pareciendo a un pavo cuando se enojaba. Me acercaba a él sin mirarlo y le decía con arrogancia:

_ ¿Qué quiere? -Pregunté una vez a alguien mientras se acercaba a la puerta.

_Voy al servicio de concursos y promoción. -Respondió tratando de pasar.

_Ahora no hay concursos ni promociones.

_Lo anunciaron en la prensa. -Protestó.

_ ¿En la prensa?

- Sí, y hace una semana.

_ ¿Hace una semana? -Estaba repitiendo tontamente lo que decía- Vuelva mañana y le confirmaré el asunto.

Me empujó con fuerza, caí sobre la puerta de hierro, y sentí náuseas. Entonces sacó un documento, lo pasó frente a mis ojos, y pude leer con dificultad su título: Convocatoria oficial. Regresé a mi silla, decepcionado y frustrado, mientras él siguió caminando indiferente.

Cuando me trasladaron de portero del Ministerio a conserje del Director, mi angustia se alivió, ya que salté tres pisos completos, y me instalé en la oficina del Director General en el cuarto piso. Cuando este último supo que Kenz era mi nombre oficial, y que Aburrih era sólo un apodo, me pidió que usara el nombre Aburrih porque, en su opinión, coincidía completamente con mi personalidad y mi estado de ánimo. «El viento es el secreto de la vida en el universo. Aunque el nombre Kenz es fácil y atractivo, prefiero Aburrih, porque todos necesitamos un viento fuerte que cambie todo en nuestra vida», me dijo una vez el Director en su oficina. Trabajé allí durante cinco años consecutivos con un muy buen salario, y gracias a mi continua adulación al Director, pude obtener varios incentivos económicos, como un subsidio de alimentación, un subsidio de transporte, un subsidio de vivienda y una promesa de nombrarme para el puesto lo antes posible.

Mi madre me dijo una noche que tuviera que casarme para poder aliviarle las tareas de preparar la comida, limpiar la ropa y la casa, porque la enfermedad había empezado a cansarle, y le costaba mucho cuidar de nosotros. En cuanto a Jawhar, en ese momento todavía estaba estudiando comercio en la universidad. Esa noche mi madre me habló de Zina, nuestra vecina que la conocía bien: era una muchacha sobria y educada, aunque de belleza media. De hecho, me cruzaba con ella de vez en cuando en el camino, y ella me saludaba calurosamente, y me preguntaba sobre el trabajo, lo cual era un movimiento intencional para llamar mi atención sobre ella. Le dije a mi madre que hiciera lo que ella creyera correcto, y cómo no confiar en sus decisiones, y fue ella quien me ayudó a conseguir este trabajo.

Nos casamos después de tres años de trabajar en el Ministerio, y vivíamos con mi madre y mi hermano en nuestra casa en la nueva ciudad. Zina era una de las personas más queridas por mi madre, que siempre le decía que no tenía hijas, y que ella era su hija. En cuanto a Zina, solía llamarle mamá, porque fue privada de la suya cuando era una niña. Un día le dije a Jawhar que pagara los gastos de la comida, y las facturas de agua y luz, porque el subsidio mensual que mi madre recibía del Seguro Social ni siquiera cubría sus propios gastos. Se enojó mucho, y dijo que estaba estudiando, y que no tenía fuente de ingresos. Pero yo era determinado en mi posición, así que me

pidió que considerara lo que había gastado por él como una deuda, que me pagaría tan pronto como se graduara de la universidad y comenzara a trabajar. Le dije que no había manera de hacerlo, y le pedí que se fuera de casa si no pagara su cuota.

Mi madre me rogó insistentemente que no lo hiciera, pero me negué. Esa noche hizo las maletas y los libros, y se fue a la casa de mi tío Salem. Desde entonces nunca lo he visto. Mi madre estaba triste por dejar a su hijo, y estaba muy molesta con mi actitud, pero lo visitaba de vez en cuando en casa de su hermano para ver cómo estaba. Cuando se le acabó la paciencia, un día se enojó mucho conmigo y empezó a culparme a gritos ante mi esposa, así que no tuve más remedio que echarla a ella también de la casa, a pesar del llanto de Zina y sus súplicas. La llevé en un taxi hasta la puerta de la casa de mi tío en una noche lluviosa y volví rápidamente.

Después de despedir a Jawhar de aproximadamente un año, y luego a mi madre dos meses después, me despidieron a mí también de mi trabajo, así que supe la veracidad del proverbio: «Como juzgues, serás juzgado». Decía que me había ganado un gran favor con el director, y él empezó a confiar ciegamente en mí, al punto que prometió incorporarme al cuerpo diplomático de nuestra embajada en Palermo, Italia. A mí acudían empleados del Ministerio, visitantes de otros ministerios y ciudadanos para hablar con el Director. No permitía a casi nadie antes de pagar, y quien se negaba, echaba su solicitud a la basura. Por supuesto, no era tan idiota como para pedirles un soborno directamente, sino que postergaba, y ponía excusas para no ver al Director, a fin de que se vieran obligados a hacer lo que yo solía llamar “regocíjense por mí”¹, para recibir regalos financieros y en especie. Algunos de ellos los pusieron debajo de mi escritorio, otros en mi bolsillo, y algunos, los más pesados, los trajeron a casa. Debo reconocer que lo que recibía como sobornos era mayor de lo que recibía como salario mensual. Pero Zina no sabía nada de esto, porque estaba seguro de que se negaría rotundamente y tal vez me denunciaría si se enterara. La conocía bien, era una mujer muy casta.

Yo encontraba mil justificaciones para robarle el dinero a la gente, entre ellas la de ser yo pobre, la de que las autoridades no nos daban lo que merecíamos y, como se decía, « el príncipe no nos dejaba nada que robar

¹ « Regocíjense por mí » : una expresión en el dialecto tunecino que se usa para conseguir soborno de alguien a cambio de prestarle un servicio.

salvo ronquidos »... hasta que algunas personas me engañaron, y me filmaron recibiendo dinero y regalos en especie de los visitantes, y se los entregaron al Director. Cuando me confrontaron con las pruebas, me resigné, y confesé todos los sobornos que había recibido, les pedí perdón, y les prometí no volver a hacerlo. Pero el Director me dijo que me perdonaría y no me llevaría ante la justicia, y dio orden de despedirme inmediatamente del trabajo, estando yo no asignado oficialmente, sino que estaba esperando el arreglo de mi situación con el tiempo.

5

Como decía, volví de la universidad sin ganar nada, excepto el medio dinar que me dio la estudiante y el otro medio que me entregaron los dos estudiantes que sospechaban que yo era un espía. Si no fuera por el dinero que traje de mi cofre de piedra, habría pasado la noche hambriento. De camino a mi cueva, pensé que mi vida había terminado en robo y mendicidad, y tal vez en una muerte lenta por hambre, sed y enfermedades, si no fuera devorado por los monstruos del bosque que rodeaban la cueva. Llegué por la tarde, y preparé mi cena en la estufa frente a la entrada de la cueva. Comí hasta hartarme, mirando el bosque que me rodeaba, luego gateé, entré, y comenzaron a invadirme una tristeza y una ansiedad terribles.

Me senté en la cama ceñudo, y permanecí taciturno. De repente, me vino a la mente la escena de mi madre que lloraba pidiendo ayuda, rogándome que no la sacara de casa, y Zina sollozaba también con amargura, suplicándome que no cometiera ese acto atroz. ¿Por qué hiciste eso con tu mamá? ¿Cómo te volviste tan salvaje? ¿Había alguien más que me amara como ella me amó? Además, ¿por qué odiaba a mi padre? ¿Por qué odiaba a la persona que me cortejaba, mientras yo huía de él? Y Jawhar mi hermano gemelo, el hombre bueno y pacífico, ¿por qué lo expulsé de nuestra casa con sus libros y pertenencias? ¿Por qué lo abandoné cuando él me necesitaba tanto? Y Zina, mi esposa, que me amaba, me apoyaba cuando me despidieron de mi trabajo, compartió hambre conmigo y me consoló, ¿por qué la abandoné así sin tener en cuenta el fuerte pacto entre nosotros? ¿Por qué no corrí detrás de ella para impedirle que se fuera? ¿Vale la pena todo este abandono?

Sentí como si me ahogara en un pozo de impureza y barro, y mi respiración se hacía cada vez más difícil. Ya no sabía quién era, por qué estaba allí, y

sentí que había perdido el conocimiento de mí mismo, del mundo que me rodeaba, y lo había perdido todo. Volví a buscar alguna cualidad que justificara mi vida, y todo lo encontré malo, hasta que temí sufrir un fuerte colapso. Al final, encontré una acción que realicé, y que le dio sentido a mi vida, en medio de una enorme cantidad de fracasos y caídas, recordando que un día devolví un certificado de bachillerato y una tarjeta de expediente académico a su dueña vía correo. Me invadió un gran alivio y un comienzo de autosatisfacción, lo que me dio paz y una especie de autoconciencia.

Sentí como si estuviera dormido y empezaba a despertar, o como si hubiera perdido la memoria, y de repente empezaba a recuperarla, o como si estuviera en coma, y empezaba a despertar poco a poco, o como si me drogaron, y comencé a recuperar la conciencia. ¿Cómo perdí todo este tiempo en terribles laberintos? ¿Qué me trajo a esta situación tan miserable? Levanté el antebrazo derecho hasta el codo, giré la cara hacia el orificio de salida, respiré profundamente, levanté la mano tan alto como podía alcanzar una mano humana, y me di una fuerte bofetada en la cara, haciéndome caer al suelo. «Es mejor que te abofetee esta mano generosa mil veces, que te bofeteen las manos ajenas una sola vez», me dije. Bajé la cabeza. «Pon tu gloriosa mano en lo profundo de los árboles, en el agua de los ríos, y en la madera de los árboles por toda la eternidad, en lugar de extenderla humildemente a los rostros y bolsillos de los hombres», agregué. Me quedé en silencio. «Mañana, antes del amanecer, toma esta hacha con la que cortabas leña para preparar tu comida, y corta con ella leña para venderla como carbón en el pueblo, con la cabeza levantada al cielo», me dije con gran determinación. «Desde el día en que agarres tu hacha en tu mano derecha, te convertirás realmente en Aburrih, pero ahora no eres nada. Nada». Añadí.

Me levanté sintiéndome muy ligero de cuerpo, y con un profundo alivio en el alma, como si acabara de deshacerme de toneladas de peso que llevaba sobre mis hombros. Me tiré sobre la cama. «¡Dios! ¡Qué feliz es esta noche!» Me dije con un suspiro de alivio, luego agregué: «Aburrih tiene una palabra. Cuando la diga, la haya dicho ya, y aquí la dije yo». Apoyé la cabeza en la almohada y tuve un sueño profundo, delicioso y hermoso, hasta que oí los gorjeos de los pájaros matutinos dando vueltas alrededor de la cueva, como si me invitaran a comenzar nuevos días en mi vida.

Cogí mi hacha y me dirigí hacia las llanuras que se extendían a derecha y a izquierda del río, y comencé a arrancar los troncos con fuerza, energía y

vitalidad que pocas veces había conocido. Apenas había pasado una hora, junté un montón de leña, la partí en pequeños trozos, la dispuse cuidadosamente en forma piramidal, tal como los había visto hacer en algunas películas, luego encendí el fuego en el interior, y la cubrí con paja y tierra. Para conseguir el carbón, tuve que esperar aproximadamente una semana, mientras tanto, tuve que conseguir algo de dinero para la comida. No quise usar el poco dinero de la mendicidad que me quedaba en la caja, al contrario, lo tiré todo al río, para que no me quedara nada que tuviera que ver con la mendicidad y la humillación. Dejé la leña ardiendo silenciosamente bajo la tierra, y me acerqué a la orilla del río. El agua fluía clara y diáfana sobre las piedras, proveniente de las montañas circundantes y dirigiéndose hacia valles que desembocaban en el río de Medjrada. Miré atentamente sus profundidades, y vi que de vez en cuando aparecían algunos peces y luego desaparecían rápidamente. Corté una rama seca de un árbol de aproximadamente un metro y medio de largo, la pulí bien, e hice uno de sus extremos tan afilado como una flecha. Regresé al río, seguí su corriente de un lado a otro, luego me senté con las piernas cruzadas esperando. Después de un rato, noté algo oscuro que se movía en las profundidades del río, y mi corazón tembló con él, después comenzó a subir a la superficie del agua poco a poco. Era una carpa, de color dorado, que avanza hacia mí. Tomé mi flecha de madera con ambas manos y la apunté, se clavó fácilmente en su espalda, y con cuidado la acerqué al borde, mientras ella continuaba retorciéndose bajo el sol primaveral. La levanté con la mano y descubrí que superaba el kilogramo. La limpié con agua del río, preparé una estufa con piedras y leña, e inmediatamente encendí un fuego y la coloqué encima. El olor a barbacoa no lo había olido durante mucho tiempo, y sentí que mi estómago gruñía. Corté algunas hojas del bosque, coloqué el pez encima de ellas, y procedí a devorarlo con una avidez incomparable.

Pasé aproximadamente una semana viviendo sólo del río y del bosque. Pescaba peces y los asaba, bebía agua de manantial, comía algunas hierbas y frutas silvestres, y usaba tomillo y cilantro como tónico durante todo el día. Cuando saqué el carbón, lo dejé enfriar un rato, luego lo metí en haces atados con fibras de hierba del bosque, y los llevé al pueblo. Nada más llegar a la primera calle, me recibieron los propietarios de los asadores que se encontraban a derecha y a izquierda de la carretera que unía el pueblo con las ciudades del sur. Lo observaron bien, luego la mercancía fue repartida entre dos hombres que fueron los primeros en recibirme. Me pagaron, me lo

agradecieron y me instaron a que les vendiera todo el carbón cuando estuviera listo.

Antes de regresar, compré en las tiendas del pueblo lo que necesitaba para una semana más y volví al bosque. Mi hacha estaba constantemente limpiando de árboles las llanuras que rodeaban el río, cortándolos y haciendo carbón para llevarlo de nuevo al pueblo. La demanda de mis productos aumentaba cada vez más y, además de los numerosos propietarios de tiendas de barbacoa, se unió un buen número de habitantes del pueblo para utilizarlo en la preparación de té casero. Decían que el sabor del té de carbón no tenía comparación con ningún otro. Tuve que duplicar mis horas de trabajo para satisfacer las demandas del nuevo mercado. Antes preparaba un haz de leña cada semana, y después empezaba a disponer un sinfín de haces esparcidos por aquí y por allá al borde del río. Ya no me gustaba el descanso y la pereza, y amaba el trabajo y el esfuerzo, así que comencé a hacer un pequeño sendero entre el bosque y el pueblo, para facilitar el transporte de mi mercancía a los que la solicitaban. Compré algunas herramientas de trabajo, como una pala, un pico, un rastrillo, y una carretilla. Me llevó varios meses, porque la distancia entre el bosque y el pueblo era de más de cuatro kilómetros. La nivelé con tierra, y coloqué encima todas las piedras que había arrancado de las llanuras fluviales y de las montañas circundantes, hasta convertirla en un pequeño camino de unos dos metros de ancho, pero era plano y sólido.

Empecé a llevar carbón al pueblo todos los días en la carretilla, y cargué a la espalda una enorme bolsa llena de útiles hierbas del bosque, como romero, tomillo, hojas de eucalipto, manzanilla, equinácea y otras. Se agotaban tan pronto como llegaba al pueblo, y algunas se compraban antes de llegar. La gente empezó a conocerme, a saludarme calurosamente y a preguntarme sobre mi vida:

_¿Cómo está Aburrih hoy? -Alguien me preguntó sonriendo.

_ Aburrih se ha vuelto más fuerte que el viento. -Respondí alegremente.

No volví a la cueva desde aquella madrugada en que la dejé y me dirigí al río. Sólo saqué mi hacha, y llené su abertura con piedras y tierra, después de tirar el resto del dinero de mendicidad al río. Dormí bajo los árboles, aprovechando del calor de la primavera, hasta que construí una cabaña de madera entre el bosque y la llanura fluvial.

Empecé a sentirme cansado por ir al pueblo todos los días cargando carbón y hierbas, por lo cual decidí construir una tienda de madera en la carretera que unía el pueblo con las ciudades del sur, donde vendía mis productos. Para que mi trabajo en el bosque no se viera interrumpido, contraté a uno de los amables aldeanos para cuidar de mi negocio, y lo visitaba de vez en cuando para proporcionarle carbón y hierbas. Al principio les agregué una cantidad limitada de carpas y japutas, que pescaba del río con mi caña recién adquirida en una de las tiendas del pueblo. Mi laboriosidad empezó a dar frutos, y mi negocio empezó a ofrecerme abundante dinero, así que abrí una cuenta bancaria en el banco del pueblo, donde lo deposité.

Un día cuando estaba en mi tienda con mi amigo el aldeano, llegó el Gobernador de la ciudad conduciendo él mismo su coche. Me dijeron que vino a comprar manzanilla y planta de erizo, como de costumbre. Lo conocí y él se alegró de conocerme. Le hablé del bosque, de la tala de árboles y de la limpieza de las llanuras. Él se alegró de ello y me admiró a mí y a mi valentía.

_Si es verdad lo que dice, usted es un hombre muy atrevido. Esta zona la llamamos el Cuarto Vacío, quien entra en ella desaparece, y quien regresa de ella le hacemos una fiesta. Por eso, todos la evitan, y quien de los aldeanos extravía en ella su caballo o uno de sus ganados, debe resignarse a la voluntad de Allah, porque el que intenta buscarlo, nunca volverá, y nadie lo buscará.

Por eso, me pidió que presentara una solicitud al Municipio y otra a la Provincia y obtener una licencia para explotar esas llanuras para la agricultura. De hecho, en eso estaba pensando, desde que visité el río y comencé a talar árboles la primera vez. Cuando regresé al bosque, caminé por las llanuras vacías de árboles. Se volvieron limpias y se extendían a derecha y a izquierda del río. Estimé que eran cuatro hectáreas, y todavía quedaban decenas, e incluso centenas de hectáreas pobladas de robles, eucaliptos y carrascas. No comencé a trabajar hasta que un día encontré la licencia lista en la tienda del aldeano. Alquilé un tractor para la labranza profunda, porque la tierra nunca había sido arada antes, y era muy pesada. La aré toda, luego saqué todas las piedras grandes y medianas con una carretilla y las dejé a un lado. Después, la aré nuevamente con un tractor normal, para romper el suelo y ablandarlo, hasta que se volvió más parecida a un suelo arenoso.

Tomé mi pico y comencé a preparar los hoyos en los que plantaría los árboles. A continuación fui a un semillero cercano donde compré varios tipos de árboles, como olivos, granados, manzanas, peras, vides, melocotones, almendras, naranjas, moras y otros. Asigné un campo para cada tipo. Dejé alrededor de una hectárea y media para cultivar algunos cereales, tales como el lino, el sésamo, la maíz, el trigo y la cebada. Otra parte se destinó a hortalizas y legumbres, como perejil, espinacas, apio, lechuga, patatas, tomates, zanahorias, nabos, cebollas, ajos, calabazas, rábanos, coles, berenjenas y pimientos.

El ingeniero agrónomo municipal me propuso solicitar al municipio un motor a gasolina como subsidio, para extraer agua del río. Sin embargo, comencé a odiar los subsidios y cosas parecidas, así que compré un motor nuevo con mi propio dinero, y apenas lo puse en marcha, el agua fluyó abundantemente entre los árboles, las verduras y los legumbres. En ese trabajo de plantación, busqué ayuda de dos jóvenes hábiles, los hijos de mi amigo el aldeano, y nos llevó más de cuatro meses completos. Los árboles recibieron lo que necesitaban del agua del río, y comenzaron a revivir y sus ramas comenzaron a crecer continuamente. Contemplé el campo y me dije a mí mismo con admiración : «Soy Aburrih, tengo ahora cuarenta y cuatro años, no sé si soy soltero, casado o divorciado, pero lo que sé bien es que estoy privado del sentimiento de paternidad. No tengo hijos a quienes abrazar, criar, y con quienes jugar y bromear. Pero ahora he descubierto, vagando por el campo, que tengo unos dos mil hijos, todos de la misma edad y aproximadamente del mismo tamaño. Mis árboles son mis hijos, mi sangre y mi carne, el que no tenga un hijo humano no debe desesperarse, puede hacer varios hijos cuando quiera con otros materiales. El libro que escribes, y el árbol que plantas son tus hijos, la tierra que revives es hija de tu mano, el camino que haces es de la labor de tu brazo, la casa que construyes es de tu fuerza y es para ti, y el conocimiento que aprendes o enseñas es tu hijo afectuoso. Todos estos son niños reales que viven mucho más que tus hijos de carne y hueso, y te ofrecen a ti y a los demás mucho más de lo que tus hijos humanos te ofrecen». Después agregué :

«Antes consideraba que una persona que no tenía hijos era inevitablemente miserable y desgraciado. Pero ahora reconozco que la verdadera miseria es cuando tu vida pase sin dejar huella tuya en su pared, ni escribir una línea, aunque sea breve, en su página. Puedes tener diez o veinte hijos y, sin embargo, acabas rápidamente, y se olvidan de ti a los pocos días. Pero si

enciendes una simple vela en la oscuridad de la pobreza, la ignorancia, el atraso, el caos o el odio, tu nombre quedará inmortalizado a pesar de los que te odian, y a pesar de los que te desprecien. Antes y después de todo esto, te elevarás en rango con el primer Creador, con Dios ».

Dejé crecer los árboles, hortalizas y legumbres, después de confiárselos al hijo del aldeano, y seguí arrancando los árboles del bosque y haciendo carbón, además de recolectar las hierbas del bosque. Después de unos años, los árboles florecieron y comenzaron a producir frutas, por lo que solíamos llevarlas al mercado del pueblo, donde los productos se agotaban rápidamente, debido a su extrema dulzura y precios moderados. También suministramos al pueblo verduras y legumbres casi a diario.

Compré un camión nuevo que nos ayudó mucho en el transporte de mercancías y en la compra de instrumentos para el trabajo en el campo y el bosque. Unos meses más tarde, preparé otras cinco hectáreas después de limpiarlas de árboles salvajes, malas hierbas y piedras, y las planté con árboles frutales, principalmente olivos. Estaba planeando construir allí un molino de oliva. Ya no alquilamos maquinaria agrícola porque era cara, así que compré un tractor, una cosechadora, una empacadora de heno y un esparcidor de semillas, y les construí un almacén con madera del bosque para protegerlos de la lluvia y el calor. Nuestra agricultura se modernizó y empezó a dar una producción abundante y de buena calidad, lo que llevó a que algunas instituciones gubernamentales y privadas de la zona a contratar con nosotros para comprar nuestros productos de frutas, verduras y legumbres, como el hospital de la ciudad, el restaurante universitario, y algunos grandes restaurantes privados.

Explotaba durante años este terreno alquilándolo del Municipio, pero como era bosque y terreno de secano que había sido revivido, le pedí a la Provincia y al Municipio que me lo vendieran. La política del Estado era alentar a los trabajadores del sector agrícola, así que aceptaron, pagué el costo, y después de algún tiempo recibí un certificado de propiedad privada para un terreno que cubría doce hectáreas. Elegí un lugar hermoso que daba al campo y al río, y por detrás se extendían el bosque y las montañas, y decidí construir allí una casa lujosa. Luego ensanché y pavimenté el camino que venía del pueblo, y traje postes de luz eléctrica. En cuanto al agua potable, la tomé del manantial. Se lo entregué a un contratista que me prometió construirlo en no más de seis meses.

Todavía vivía en mi humilde cabaña de madera, donde descansaba cuando regresaba del trabajo. De repente, volví al estado de tensión que me había atormentado durante años, antes de dejar de mendigar y comenzar a trabajar en el bosque, y luego en el campo. Un día me senté en la cabaña a almorzar y miré el campo frente a mí, cruzado por el río con su flujo de agua continuo. Recordé a mi madre, mi padre, Jawhar, Zina y el mendigo que dijo en el autobús de medianoche: «La cuestión no es cambiar el lugar de trabajo, sino inventar nuevas formas y métodos que hagan que la profesión sea rentable. Ve a donde quieras y tus ingresos no aumentarán ni un solo centavo, mientras permanezcas en tu antigua condición». Aquí cambié todo radicalmente: mi profesión, mi estilo y toda mi vida. Mi madre murió en casa de su hermano, mientras yo estaba ocupado por el robo en la Estación de Autobuses, y no cabía duda que siguió preguntando por mí, y que antes de su muerte y durante su agonía pidió verme, y llenar sus ojos de mí, antes de su eterna partida. Pero nadie sabía nada de mí, así que cerró los ojos, hizo estertor de la muerte, y falleció con gran amargura y pesar.

Al día siguiente, uno de los hijos del aldeano me llevó en el camión al cementerio. La busqué entre las tumbas, examinando las lápidas con atención y con una sofocación que casi me dejaba sin aliento. Estaba caminando entre las tumbas, murmurando: «Fatima hija de Muhammad al-Hilali...», mientras el joven me seguía por detrás en silencio, hasta que de repente me detuve:

_Ésta es. -Dije.

Me arrodillé, miré la tumba, y me vino a la mente la escena de su expulsión de la casa, mientras suplicaba y lloraba. Sentí ganas de llorar, pero sin sonido ni lágrimas. Permanecí así un rato, como un ídolo, luego apoyé los brazos en la tumba, y comencé a sollozar. Estuve llorando y contándole detalladamente lo que me pasó, cómo robé, lo que me hizo el maestro de artes marciales en el autobús, cómo me empujaron y sentí que mis huesos se destrozaban, cómo pasé hambre durante días y noches, los días del puente, y lo que me hizo el tren ruidoso, y cómo vivía en una cueva miserable en una montaña perdida, cómo me dejó a Zina. Lloré mucho y le conté todo. Cuando terminé, me levanté tambaleándome, me sequé los ojos y las mejillas con un pañuelo, luego me volví hacia el joven y le dije:

_Volvamos ahora.

Pero lo encontré sentado en el suelo, con la cabeza entre las rodillas y sollozando con fuerza también.

Regresamos tristemente, y de repente recordé algo importante. No logré nada de lo que vine a hacer: pedir disculpa a mi madre. Presioné la pierna del joven, y le ordené que se detuviera.

- No le pedí disculpas. -Dije-Volvamos al cementerio.

- Señor, puede pedirle perdón en cualquier lugar, no sólo junto a su tumba.- Respondió sin detenerse.

_Quiero que ella me escuche, para que mi conciencia esté tranquila.

_ Tenga la seguridad de que ella no le escuchará. Dios le escucha, y Él es quien perdona o no perdona. En cuanto a tu madre, se convirtió en polvo en el polvo.

Ambos permanecemos en silencio y continuamos caminando hacia el pueblo.

_Y a ti, ¿qué te hizo llorar en el cementerio? -Le pregunté.

_ Mi madre. Me acordé de mi madre, que murió hace varios años. -Dijo.

_ ¿Tú también la echaste de casa como yo? -Le pregunté.

_¿La eché? -Gritó enojado. Amaba a mi madre con locura. No dormía antes de que ella se durmiera, no comía antes de que ella comiera, y no iba a trabajar antes de besar su cabeza y pedirle que orara por mí.

- Por favor, para el camión -Dije suplicante.

Se inclinó hacia la derecha y aparcó el camión. Me acerqué a él, sostuve su cabeza entre mis manos, y besé su frente repetidamente.

_ Así, en honor a lo que hacías con tu madre. Vete ya. -Le dije.

Unos días después de mi visita al cementerio, fui a la tienda de carbón y hierbas para hacer los cálculos mensuales con mi amigo el aldeano. Tomamos té juntos y me preguntó:

_No está casado ¿verdad ?

_Me casé y mi esposa murió. -Le dije mentiroso.

_ Misericordia de su alma. -Dijo- ¿No quiere volver a casarse?

_ Odiaba el matrimonio y me dedicaba sólo al trabajo. -Dije.

_ El ser humano debe tener su segunda parte. Cada día envejecemos y necesitamos un compañero en el camino. -Afirmó.

_ ¿Tienes alguna mujer que me acepte? -Le pregunté.

_ Todas las mujeres del mundo le desean. -Respondió riendo- Conozco a una mujer de su edad que es sincera y alegre. Si quiere, puedo hablarle de usted.

- Sí, hazlo, con la condición de que no le cuentes nada sobre mí, especialmente sobre mi trabajo y agricultura, excepto mi edad, cuarenta y cuatro años. -Dije.

_ Entiendo. -Dijo.

_ ¡Sí! Puedes decirle también mi nombre, Aburrih. -Añadí.

_ Sí, lo entiendo. -Dijo.

El contratista empezó a construir la nueva casa, y yo tenía que pasar la mayor parte del tiempo con él, supervisando la meticulosa ejecución del modelo de ingeniería. A los seis meses me entregó las llaves, después de recibir su salario completo. La casa constaba de dos plantas. La planta baja disponía de un amplio salón que daba a una gran piscina rodeada de césped, cocina, comedor y baño. La primera planta contenía cuatro dormitorios, cada uno con un balcón que daba al bosque y la montaña, o a los campos y el río. También contenía un despacho para mí y un baño. No quería amueblarla ni vivir en ella mientras estuviera soltero, esa fue una promesa que me hice a mí mismo desde que comencé a construirla. Y cada vez que deseaba salir de la cabaña para disfrutar del lujo de vivir en la nueva casa, me decía lo que me había dicho mi amigo el aldeano: «El humano debe tener su segunda parte. Cada día envejecemos y necesitamos un compañero en el camino». Zina debió fallecer hace un tiempo, una idea que se apoderó de mí sin saber por qué, por lo que nunca pensaba en ella.

6

Me aferré a mi cabaña de madera hasta que mi amigo del pueblo me informó que la mujer de la que me había hablado quería conocerme. Una tarde me encontré con ella en la tienda de carbón y hierbas, aprovechando el

regreso de mi amigo el aldeano a su casa. Era una mujer de unos treinta años y quedé deslumbrado por su belleza desde el primer momento en que la vi. Ojos muy abiertos, cejas arqueadas como una media luna en sus últimos días, rostro de forma ovalada, nariz larga y aguileña, y una boca sonriente en todos los casos, por donde asoman unos bonitos dientes muy blancos. Hablaba con cierta reserva, sus frases eran cortas y su mirada no se centraba en mis rasgos, como la mía, que examinaba todo lo que había en su rostro. De vez en cuando se quitaba un rizo negro con una gracia incomparable. No es flaca, ni gorda, ni alta, ni baja, sino perfecta de cuerpo, como si hubiera sido creada para hacer sumamente feliz a un hombre miserable.

_ ¿Cómo te llamas? -Le pregunté.

_Saida. -Dijo mientras se quitaba el rizo de los ojos.

_Los mejores nombres son los que derivan de Said y Hamed. -Dije.

Ella dijo:

_ Te llamas Aburrih ¿verdad? Esto es lo que me dijeron. Bonito nombre, pero bastante fuerte.

No hice ningún comentario y, tras unos minutos de silencio, confesé diciendo:

_Vine a buscar mi segunda parte, y espero que seas tú. ¿Alguien se ha comprometido alguna vez contigo? -Le pregunté.

_ Sí. Varios hombres, cuyo número no recuerdo, me propusieron matrimonio. -Dijo.

_¿Por qué no aceptaste? -Yo dije.

_Algunos no tenían trabajo fijo, y otros sí lo tenían, pero no tenían casa. - Respondió con cierta vergüenza.

_¡Qué pena! -Dije con un suspiro.

_¿Por qué estás triste? -Dijo.

_¿Cómo no voy a sentirme triste, si no tengo casa ni trabajo? -Dije.

_ ¿Nada de los dos? -Me preguntó.

- No es exactamente lo que quiero decir, pero mi casa es una pequeña cabaña en el bosque, y mi trabajo es estacional en la agricultura. -Dije.

_¿Entonces por qué te casas? El matrimonio tiene sus circunstancias y condiciones -Dijo.

_Entiendo de eso que no me aceptarás -dije.

_Tal vez. -Dijo.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta, diciéndome a mí mismo que aquella mujer podría ser adecuada para Kenz, pero para Aburrih era imposible. Ella me siguió y dijo:

_No malentiendas, respeto a todos los hombres, pero ponte en mi lugar, y tendrás la misma posición. -Dijo como disculpándose.

- No hay problema, tienes razón. Adiós. -Dije.

Una semana después, pasé por mi amigo aldeano, y lo encontré lamentando el fracaso de su misión. Pero me señaló a otra mujer que vivía en una ciudad del sur. Me dijo que en realidad era menos hermosa que la primera mujer, pero era más sobria y madura. Luego agregó que era hija de uno de sus familiares. De hecho, en aquellos días andaba un poco apresurado en el asunto del matrimonio, no sólo porque quería casarme, sino también porque quería destruir la cabaña de madera y vivir en la nueva casa. Le pedí a mi amigo que la visitara en el camión el domingo, y él estuvo de acuerdo. El camión nos llevó por muchas horas, y hablamos de muchos temas, como vender carbón y hierbas, plantar árboles, hortalizas y granos, hasta llegar al tema de las mujeres. Me dijo que ella había vivido toda su vida en nuestra ciudad, y que había estado casada y luego se divorció. Su padre murió, y antes de él murió su madre, por lo que vendió su casa y se mudó con su hermano a vivir con su familia en el sur.

_¿Ella estaba casada? -Le pregunté.

_ Sí. Su marido no la valoró tanto como se merecía, la dejó y siguió con su vida sin ningún motivo, por lo que la separación fue fácil, porque no tenían hijos. -Dijo.

No le pedí más detalles al respecto, y sentí que nuestro esfuerzo tendría éxito esa vez, sólo por la simple información que me había brindado. Llegamos después de mediodía, estacionamos el camión bajo la sombra de un árbol al borde de la carretera, y nos dirigimos hacia una casa de enfrente, después de

reiterarle mi pedido de no decirle nada sobre mí, y que me dejara hablar yo de mí mismo.

Tocó la puerta y nos recibió un hombre de unos cincuenta años, nos llevó a una sencilla sala y se fue, no lo vimos hasta poco antes de salir de casa. Levanté la cabeza y vi un gran marco que contenía la imagen de un hombre elegante y fuerte, parecido a los hombres de los Beyes¹ con su bigote retorcido y su gorra de Estambul. El hombre no me pareció extraño, porque lo había visto en alguna parte, o tal vez incluso una vez tuviera una conversación con él. Momentos después, entró la mujer trayendo tazas de té, y tan pronto como me vio, el juego de té se le cayó de la mano, y se rompió en el suelo. El té se derramó por todos lados, filtrándose debajo de la alfombra y la mesa, luego salió por la puerta y se dirigió hacia la cocina, mientras ella gritaba : «¡¡Aburrih!!». Tenía la lengua trabada, las palabras se confundían en la boca y la garganta se secaba, viendo a Zina, viéndola con su carne y su hueso, como hacía quince años. Poco ha cambiado. En cuanto a mi amigo el aldeano, se quedó atónito y no pudo decir ni una palabra. Reuní fuerzas, me levanté y le tendí la mano:

_Hola Zina.

Ella me saludó con el rostro lleno de alegría.

_¿Aburrih sigues vivo? -Me preguntó.

Levanté las manos hacia arriba, y me di la vuelta dos veces, diciendo:

_Como puedes ver, Aburrih es Aburrih.

_De hecho, es como si no hubiera pasado el tiempo por ti. Te has vuelto más joven y fuerte. -Añadió.

_Y casi nada ha cambiado en ti. -Dije.

_¿Y ahora has encontrado domicilio para mí contigo? -Me preguntó, entre bromas y veras.

_Estarás donde estuviera yo. Mi domicilio es el tuyo, y el lugar que cabe a una persona puede caber a diez, si queremos. -Dije.

¹ Los Beyes : eran los monarcas tunecinos de la dinastía de los Husseini que gobernó desde 1705 hasta 1957.

_Te voy a preparar té otra vez. Espérame. -Dijo mientras limpiaba el té con un paño de cocina por debajo de la alfombra y la mesa, y luego salió de la habitación.

Su hermano entró y nos saludó sin reconocermme, porque era niño cuando vivíamos juntos, luego llegó su tío, que nos había recibid al principio.

- ¿Dónde vive ahora, Sr. Aburrih? -Me preguntó su tío.

_En una cabaña en el bosque. -Dije.

_¿Una cabaña en el bosque? -Dijo sorprendido.

- Sí, pero nos cabe a los dos. -Respondí.

El hombre miró a Zina pidiéndole su opinión, luego se volvió hacia mí y dijo:

_¿Y en qué trabaja?

_Soy jornalero en la agricultura. -Dije.

Miró de nuevo a Zina, y luego a su hermano.

_¿Por qué no viene a vivir con nosotros? Nuestra casa puede caber a todos nosotros. -Dijo.

_¿Y dejar mi trabajo allí? -Dije.

_ Trabaje aquí con Zina en la fabricación de alfombras y tapizados. Ella aprendió este oficio, lo dominó y con ello ganamos mucho dinero. -Afirmó.

Miré a Zina, pero sus miradas no me ayudaron a revelar ninguna emoción. Ella se quedó callada, pero no distraída, como siempre, luego le oí hablar a su hermano de una anécdota que le había pasado hacía dos días en el mercado de tapizados.

_Este es mi hermano Ahmed. ¿Te acuerdas de él, Aburrih? -Ella me dijo.

- ¿Cómo lo recuerdo cuando se ha convertido en un joven diferente al que lo conocí cuando era niño? -Le respondí- ¿Estás estudiando o trabajando? -Le pregunté.

_Estudio lingüística en la universidad -Dijo.

_Has hecho bien. -Le dije, recordando que me privaron de pasar el examen de bachillerato durante cinco años. Luego miré a su tío y le dije:

_ Conozco incluso a tu tío. Lo encontré en una o dos ocasiones.

_ Mi tío es Jeque¹. –Dijo Zina.

_ Pero parece fuerte y alto, a diferencia de los mayores. -Dije.

_ Él guía a la gente en oración los viernes, y ofrece lecciones de religión en la mezquita. - Explicó.

_ Bueno, eso es bueno, tengo muchas preguntas a las que llevo un tiempo buscando respuestas. -Dije.

_ Siempre lo llamo tío. En cuanto al nombre Jeque, no me gusta. Dijo Ahmad.

_ Pero sigue siendo Jeque, lo aceptemos o no. -Dije.

_ En las ciencias del lenguaje y la lingüística, sabemos que el lenguaje es un ser vivo como todos los demás seres: nace, crece, se fortalece y se debilita, enferma y se cura, viaja, presta y toma prestado, se desgasta y desaparece. La palabra jeque, por ejemplo, se originó en un momento determinado, y expresó una determinada realidad, luego, como una prenda de vestir, se desvaneció y perdió su significado y brillo original. Ahora ha sido reemplazada por otras palabras como profesor, doctor, pensador, investigador, escritor y otras, y llegará el momento en que estas etiquetas morirán a su vez, para ser reemplazadas por otras palabras. -Añadió Ahmed con tono confiado.

_ ¿Y cómo quiere que le llamemos, Jeque Bakkar o Señor Bakkar? -Le pregunté la tío.

_ No soy yo quien me nombré a mí mismo, pero fue la gente la que me llamó con este nombre, en contra de mi voluntad. ¿Dijo que tiene varias preguntas para las que está buscando respuestas, Aburrih? -Me preguntó a su vez.

_ Bueno. No estudié ni en la universidad ni en la mezquita, y mi cultura es muy limitada. -Respondí.

_ No se preocupe. Le doy una fatwa sobre las cuatro escuelas de pensamiento: Al-Maliki, Al-Shafí'i, Al-Hanafi y AL-Hanbali, e incluso sobre otras escuelas de pensamiento no muy conocidas, como Al-Jaafari y otras.

- ¡Qué maravilloso es usted, señor Bakkar! -Dije.

¹ Jeque : su sentido denotativo es viejo, anciano, y su sentido connotativo es un clérigo religioso del Islam.

_ Consulta tu corazón, incluso si los jeques te dan una fatwa. -Dijo Ahmed, el estudiante de lingüística- No creo en su fatwa, porque dentro de cada uno de nosotros hay un mufti pensante, que conoce bien nuestras condiciones, y no necesitamos a ninguna de las referencias.

_ ¿Cómo emitimos fatwas para nosotros mismos cuando ignoramos la jurisprudencia establecida por estos eruditos? -Le pregunté asombrado.

- Cada generación tiene su jurisprudencia, y cada época tiene sus eruditos, y la jurisprudencia que reformó a quienes nos precedieron no es adecuada para nosotros en el siglo XXI.

_ Estos imanes son la élite de la gente, y son los que más conocen sobre religión, debido a su proximidad al período de la profecía y la revelación, así que no seas ingrata. -Dijo el Sr. Bakkar con cierta ira, mientras se sentaba en el sofá.

_ Tío Bakkar, no confundas la religión siendo sagrados textos divinos, con la jurisprudencia, como profana comprensión humana de esos textos. Dios no se equivoca, pero el hombre, por muy sabio que sea, se equivoca. -Respondió Ahmed.

Sentí que me había desviado del tema por el que venía, así que me volví hacia Zina y le pregunté:

_Zina, ¿quieres vivir aquí o en el bosque?

_Lo que quieras. -Dijo mientras llevaba las tazas de té a la cocina.

Me dije a mí mismo que era lo mismo que había sido durante años. Al final acordé con ellos visitarme la semana siguiente, conocer el bosque y mi lugar de residencia, y respirar el aire fresco del norte.

Una semana después, mi amigo el aldeano los trajo en el camión, y los recibí al comienzo del camino que conducía al bosque. Bajaron del auto y todos caminamos. Era primero de junio y el tiempo todavía era maravilloso, con cielos despejados, calidez, pureza del aire y naturaleza verde. Pasamos por el campo de hortalizas y legumbres, luego por el campo de cereales, después por el de árboles. Zina caminaba lentamente al frente, girando la cabeza a derecha y a izquierda, disfrutando de las pintorescas escenas. La seguía su hermano, luego su tío, Jeque Bakkar, y yo. Cada vez que nos acercábamos al río, ella se detenía, y extendía las manos para sacar puñados de agua

refrescante, se lavaba la cara y los brazos, se mojaba la garganta con unas gotas, y luego sumergía las piernas hasta los tobillos, diciendo: «¡Por Dios! ¡Qué dulces son las aguas del norte!».

Cuando llegamos a los campos de árboles, nos recibió el olor a albaricoques, melocotones y peras. Nos detuvimos un rato bajo la sombra de un árbol para descansar un poco. El hermano de Zina dijo: «¡Qué felices están los dueños de estos campos! No hay duda de que ahora nos vigilan con sus propios ojos por miedo a que robemos las frutas». Finalmente llegamos a la cabaña que dominaba casi todos los campos. Jeque Bakkar introdujo con cuidado la cabeza, examinando las esquinas, luego entró colocando las manos detrás de la espalda, seguido por Zina, su hermano y yo.

_¿Te gusta la casa? -Le pregunté.

_Apenas cabe para dos personas. -Dijo Jeque Bakkar.

_Esto es suficiente. -Dije.

_Construyamos otra cabaña al lado de ésta para mi tío y mi hermano, y todos vivimos aquí -Dijo Zeina.

_Me han gustado los campos, las frutas, el agua y el aire, pero la cabaña me dejaba sin aliento -Dijo Jeque Bakkar. Luego miró la nueva casa, que estaba un poco alejada de la cabaña, y dijo, adivinando:

_Este palacio debe ser un lugar de descanso para los ricos de la ciudad que vienen a pasar sus vacaciones allí, como pasa en nuestra ciudad.

_Veámoslo de cerca. Conozco a su dueño, y a él no le molesta eso. -Dije.

Deambulamos por sus pisos, contemplamos los campos, el río y el bosque desde sus balcones, luego damos vuelta alrededor de él, y nos sentamos en el césped cerca de la piscina. Zina dijo:

_Fuimos privados de estos palacios, y que Dios nos conceda hijos que construyan palacios mejores que éste.

La agarré de la mano y le dije:

_Eres una mujer maravillosa, de buena familia, y Dios nos bendijo a todos con esta casa y estos campos. Todos viviremos aquí como una sola familia y olvidaremos los días de miseria, separación y privaciones. Ésta es mi casa y la

vuestra, y estos campos son míos y son vuestros, y parte de este río nos pertenece a todos.

- Deja de bromear, Aburrih. -Dijo Zina mientras me daba unas palmaditas en el hombro.

- Se acabó el tiempo de las bromas, y después de ti, Aburrih se convirtió en un fuerte viento que lo cambió todo. -Dije.

Zina sonrió y la alegría apareció en el rostro de su hermano y su tío, y vieron sin lugar a dudas que estaba honesto en lo que decía.

Decidimos que volvían a casa, recogían algunas cosas de su domicilio, y regresaban a la nueva casa. También acordamos equipar la vivienda primero, y después celebrar una gran fiesta con motivo de la reunión de nuestra familia, después de una larga separación, y vivir juntos allí. Les dije que la reunión debería incluir a todos, el primero de los cuales sería Jawhar, mi hermano y mi gemelo.

A su regreso, pasamos por la ciudad y seleccionamos muebles completos para los dormitorios, el comedor, la cocina, el salón, mi oficina, los bancos del jardín, la piscina y otros más. Pagué el precio, recibí un resguardo, y me prometieron entregarme la mercancía a domicilio en un plazo de cuatro días. Después, ellos regresaron al sur, y yo decidí ir con mi amigo el aldeano a buscar a mi hermano Jawhar. No tenía ninguna información sobre él, salvo alguna noticia dispersa de aquí y de allá. Sabía que se casó después de la muerte de mi madre, y se mudó de la casa de mi tío a otra que compró en la ciudad. También sabía que trabajó durante un tiempo en una empresa de industria alimentaria, luego formó su propia empresa, y su condición mejoró, y su riqueza creció, por lo que compró una casa lujosa que quizás fuera más suntuosa que la nuestra.

Tuve que ir a casa de mi tío Salem para pedirle ayuda, porque era la única manera que me quedaba para saber su lugar. Por mucho que antes me resultara difícil buscarlo y contactarlo, entonces sentía un deseo abrumador de conocerlo, abrazarlo y pedirle disculpas. Esto puede ser una manera de pedir disculpas a mi madre y mi padre que murieron insatisfechos de mí.

El camión se detuvo justo frente a la puerta de la casa. Presioné el timbre y esperé. Nadie respondió. Lo presioné nuevamente. Después de un rato, oí pasos que caminaban y una voz que bramaba: «¿Quién es?». La voz sonaba

algo temblorosa, así que me abstuve de hablar. Esperé un rato, luego llamé ligeramente a la puerta con los dedos y retrocedí dos pasos. Sin respuesta. Toqué la puerta con toda la mano y con más fuerza esta vez, y oí pasos que se acercaban rápidamente, como si corrieran. Agarré al aldeano del brazo, y nos retiramos temiendo sorpresas desagradables. Finalmente, se abrió la puerta y apareció un hombre de unos treinta años, corpulento, con una cabeza grande y vestía pantalones cortos, la parte superior de su cuerpo estaba completamente desnuda, y tatuajes cubrían sus brazos y parte de su pecho, y en su mano llevaba una botella medio llena de una bebida cuyo nombre no reconocí, y dijo:

_ ¿Qué desean?

_ ¿Es ésta la casa de Salem bin Muhammad al-Hilali¹? -Dije.

_ No hay luna, ni sol ni media luna. ¿Te estás burlando de mí? -Dijo enojado, luego tomó su botella y cerró la puerta.

Me dije decepcionado: «Este es el último hilo que pueda conectarme con Jawhar que ha sido cortado». Fuimos a la puerta del vecino de enfrente, quizás conociera a mi tío Salem. Por suerte, lo encontramos. Nos dijo que murió hace mucho tiempo, que su hermana Fátima murió antes que él, y que su sobrino Jawhar vivía en el barrio de Sultanes. Luego entró rápidamente en la casa, y nos trajo un papel con su dirección completa: "Jawhar Al-Hilali, barrio de Sultanes, Ciudad Nueva, No. 3". Tomé la dirección, y por alegría me olvidé de agradecerle y despedirme.

Cojamos el camión y nos pusimos a buscar el barrio de los Sultanes. Encontramos la casa fácilmente, porque estaba al principio de la calle. La miré desde fuera, y me pareció elegante y lujosa, pero en realidad no era más elegante que nuestra nueva casa. Me paré frente a ella, y me vino a la mente la imagen de Jawhar cuando lo expulsé de la casa en una noche lluviosa. Lo vi guardar en silencio su ropa y sus libros en la bolsa, luego besar calurosamente a mi madre en la cabeza varias veces y salir, resguardado de la fuerte lluvia con un paraguas. «¡Oh Dios! ¡Qué tan cruel fui!», murmuré. Cuando me aseguré que la dirección escrita en el papel era la de la casa de mi hermano Jawhar, comencé a sentir como si oliera a mi madre y a mi padre, y dije que si no lo sintiera allí, ¿dónde lo sentiría? Mi sentimiento era

¹ Hilali : es un adjetivo que en árabe procede de « hilal », es decir luna menguante.

una mezcla de alegría oculta y ansiedad aparente. Me dije a mí mismo: «Imagínate si Jawhar no me hubiera reconocido por el largo tiempo que trascurrió, o me hubiera cerrado la puerta por enojo hacia mí, o se hubiera vengado de mí de alguna manera, en respuesta a mi insulto en esa maldita noche».

Llamamos a la puerta y salió una joven de unos veinte años, que se parecía mucho a Jawhar.

_ ¿Está tu padre? -Le pregunté.

_ No. ¿Quiénes son? -Dijo

_ Somos sus amigos. ¿Cuándo vuelve? -Dije.

_ No lo sé -Respondió.

Estaba desconcertado, porque por estupidez mía había planeado todo, excepto que él no estuviera en casa. Tartamudeé, murmuré y miré hacia los altos muros de la casa.

_ Llama a tu madre. -Le dije.

Volvió y al cabo de un rato apareció una mujer vestida con una vestimenta negra. Le dije:

_ ¿Dónde está mi hermano?

_ ¿Quién es? ¿Kenz, Aburrih? -Dijo en tono serio.

_ Bueno. Soy Aburrih, el único hermano y gemelo de Jawhar -Dije.

_ Pasen, bienvenido. -Dijo.

Entramos y nos sentamos en un cómodo sofá en una habitación espaciosa y elegante, y lo primero que vi fue una foto de Jawhar, un joven de unos veinte años. Lo miré fijamente, y me pareció que se parecía mucho a su hija que nos abrió la puerta, y a mi padre, que Dios tenga misericordia de él. Su esposa se sentó frente a nosotros, y junto a ella estaban su hija y su hijo, que eran gemelos, según nos dijeron más tarde.

_ Mis más sinceras condolencias por la pérdida de tu hermano Jawhar. -Dijo mientras se secaba las lágrimas de los ojos con un pañuelo.

_ ¿Jawhar falleció? -Le pregunté estupefacto.

_ Hace más o menos un mes. Murió en un accidente en la carretera. - Dijo su hija mientras sollozaba.

Puse cabeza entre las manos, y sentí lágrimas frías corriendo por mis mejillas, y se posaban en el borde del sofá. Permanecí así sin moverme ni hablar, hasta que oí a mi amigo el aldeano consolarme y acariciarme la cabeza, diciendo:

_ Ten paciencia ante toda calamidad y dificultad, y sé que nadie es inmortal. Pedimos a Dios que tenga misericordia de él y haga su morada en el Paraíso.

Me sequé los ojos con la palma de la mano, y mi sobrina Huwaida me dio pañuelos para secar las lágrimas, y luego me indicó el baño para lavarme la cara. Regresé a la sala con agua goteando de mis manos y mi cara. Me senté y dije, dirigiéndome a Huwaida y a su hermano Fadi:

_ Jawhar es mi único hermano y mi gemelo, los días nos separaron por falta mía, y aquí estoy volviendo a él para disculparme y pedirle perdón, pero no lo encontré. Soy vuestro único tío, como vuestro padre, y vosotros sois mis sobrinos y mis hijos, lo que a vosotros os hace felices me hace feliz a mí también, y lo que a vosotros os apena, a mí me apena también. Nunca más olvidaré de vosotros.

Cuando regresábamos al pueblo, mientras el camión avanzaba por la carretera, pensé que me había convertido en un completo extraño en esta vida. Ya no tenía padre, ni madre, ni hermanos, entonces, ¿quién era? Sentí como si estuviera viviendo mis últimos días y como si me emprendiera un viaje largo, extraño e incierto. Sin embargo, ese sentimiento comenzó a disminuir, cuando pensé que no estaba completamente solo en esta vida, mientras tuviera a Huwaida y Fadi, mis sobrinos, quienes llevaban algunos de mis genes y ADN, y compartían conmigo algo de mi historia, y se entristecían por mi tristeza, y lo que dolía a mí, les dolía también a ellos, y se alegraban por mi alegría. Además, Zina, mi esposa, comenzó a llevar algo de mi personalidad, y estaba feliz por mi felicidad, y tal vez desgraciada por mi miseria.

Suspiré profundamente, y luego me quedé dormido en la silla junto al aldeano. Cuando vi a lo lejos los campos de manzanas, naranjas, melocotones y granadas, sentí aliviado, y calmó el sentimiento de alienación y ansiedad que se había apoderado de mí en la casa de mi hermano y en la camión, y volví a tener la esperanza de seguir arrancando los árboles del bosque,

reemplazándolos por frutales, hortalizas y legumbres, y construyendo una enorme almazara que recibiera todas las aceitunas del Norte.

Unos días después llegó el camión de la empresa de muebles, y poco antes llegó el coche en el que llegaron Zina, Jeque Bakkar y Ahmed. Todos cooperamos para poner los muebles en su lugar, y Zina deambulaba entre los dos pisos como una guerrera, eligiendo los muebles adecuados para la habitación y el lugar apropiados. Cuando terminamos, la casa adquirió un aspecto maravilloso y elegante. Asignamos un dormitorio para Zina y yo, una habitación para Jeque Bakkar y otra para Ahmed en el último piso.

_¿Dónde están las habitaciones de los niños? -Preguntó Ahmed bromeando.

_Cuando vengan, arreglaremos el asunto. Todavía hay lugar en el bosque para cientos de personas y más. -Dije riendo, luego agregué -Ahora tenemos que fijar un tiempo para celebrar la fiesta.

_Que sea para el próximo jueves, diez de junio, que coincide con el día de nuestro aniversario de boda. -Dijo Zina asomando por la ventana de la sala, y contemplando la piscina con su agua cristalina como perlas.

-Como quieras, y ocúpate tú de su organización. Queremos que sea una fiesta en el pleno sentido de la palabra. Prepara los platos que quieras, e invita a quienes quieras de tus seres queridos y amigos, pero no te olvides de la familia de mi hermano, que Dios tenga misericordia de él. -Dije.

Al día siguiente, dejé a Zina y Ahmed planeando la fiesta, y Jeque Bakkar y yo fuimos a elegir el lugar apropiado para instalar la almazara. Teníamos varias opciones: o estaría justo en medio del campo de olivos, para facilitar el traslado de la cosecha, o estaría cerca del río, para poder usar su agua en exprimir las olivas, o sería adyacente al bosque, algo alejado del olivar y del río, pero a largo plazo quedaría en medio del campo, después de que quitáramos hectáreas del bosque, y las añadiríamos al terreno allanado. Jeque Bakkar dijo que era un experto en el campo del aceite y las olivas, porque provenía de una familia campesina, y sus antepasados eran expertos en ese ámbito, y que estaba dispuesto a cuidar de esa almazara, y así proporcionaba un servicio a mí, y a su sobrina como recompensa por nuestro favor hacia él, y para que no viviera dependiente de nadie. Al final se decidió que debería estar a una distancia intermedia entre el río, el campo y el bosque, para que pudiéramos beneficiarnos de las ventajas de cada uno de ellos.

Tuvimos que posponer la ceremonia, porque la familia de mi hermano Jawhar no estaba lista para asistir en esa fecha, debido a su muerte. Así que, Zina continuó fabricando alfombras y colchones en la habitación vacía del piso superior y, como de costumbre, Ahmed se encargó de distribuir las mercancías en el mercado del pueblo, y en ambos lados de la carretera que conducía a las ciudades del sur. A finales de ese año, terminamos la construcción de la almazara, trajimos el equipo moderno necesario, y estuvo lista un mes antes de que comenzara la temporada de recolección de las olivas. Jeque Bakkar estaba en constante movimiento, manejando alguna máquina, desempolvando otra, y recibiendo a los agricultores que venían a ver la nueva almazara. También iba todos los días al pueblo en busca de la mano de obra, preparándose para el inicio de la recolección de las olivas, y luego regresaba para recorrer el campo varias veces, estimar la cantidad de la cosecha y asignar lugares para su recolección antes de ser exprimida. Un día, Zina le dijo : «ya no eras jeque de jurisprudencia y de interpretación, sino que te habías convertido en jeque de aceite y de oliva». Todos reímos, y él se rió con nosotros, comentando: «Cada trabajo tiene su momento, un día para esto, y un día para aquello».

El día de la recolección de las olivas asistimos todos, y eso fue a mediados de diciembre. Vinieron los aldeanos, mujeres y hombres, Huwaida y Fadi, mis sobrinos, acudieron con su madre, y se extendieron los colchones debajo de los árboles, y se colocaron escaleras, todos llevaban cuernos de plástico en los dedos, y las voces de las mujeres se alzaban en himnos tradicionales que glorificaban el cultivo y los olivos.

Las aceitunas caían como lluvia, negras y brillantes, creando diferentes ritmos, armonizando con los cantos y aullidos de las cantoras. En cuanto a Jeque Bakkar, buscó la ayuda de uno de los hijos de mi amigo el aldeano, sacrificaron diez ovejas y se las entregaron a Zina, a mi cuñada, y a algunas mujeres para que las prepararan para el almuerzo. Esa misma tarde, el aceite comenzó a fluir por los canales de la almazara, derramándose en la gran cisterna, claro y puro en forma de hilos dorados, bajo los aullidos de Zina y sus compañeras. Los agricultores acudieron a la almazara de todo el pueblo, y su fama se extendió por el resto de los pueblos vecinos, e incluso por algunos campos muy apartados. Los camiones cargados de aceitunas iban llegando uno tras otro a lo largo del día y regresaban llenos de aceite.

Nuestros campos comenzaron a abastecer a nuestro pueblo y a otros pueblos de todo tipo de frutas según las estaciones: manzanas, naranjas, uvas, higos,

peras, melocotones y otros, lo que hizo que el Municipio se propusiera transformar el modesto camino que conectaba el bosque y el pueblo, que había empezado yo, en un camino ancho por el que pasaban todo tipo de coches y camiones.

Un día, el Gobernador me invitó a su oficina, donde me recibió muy calurosamente y me informó que la Provincia y el Municipio tenían la intención de celebrar un festival agrícola anual llamado "Festival del Cuarto Vacío para revitalizar la tierra". Me dijo que el mérito del surgimiento de esta idea es mío, por haber hecho de una buena parcela del Barrio Vacío una zona viva, cultivable y valiosa, y me pidió que fuera el director del festival. Acogí con agrado la idea y le agradecí su confianza en mí, pero le pedí disculpas por no aceptar la responsabilidad del festival, y le expliqué que «A Aburrih ya no le atraen las oficinas lujosas, los aires acondicionados y los archivos. Aburrih fue creado para luchar contra el viento».

La fecha del festival se fijó para el mes de abril de cada año, y la Provincia y el Municipio comenzaron diligentes preparativos una semana después de mi reunión con el Gobernador. Trajeron excavadoras y allanaron una buena zona del bosque para poner las enormes carpas y salones de madera que albergarían las actividades del festival. Se enviaron invitaciones a agricultores e inversionistas del sector agrícola de todo el país para exponer su producción y presentar sus experiencias en el campo agrícola.

El día de la inauguración del festival, el aspecto del Barrio Vacío cambió: se decoró con pancartas de diferentes colores, los pabellones de la exposición agrícola se hicieron numerosos, y acudieron los altos funcionarios del Estado, encabezados por el Ministro de Agricultura, lo cual me asombró, y no me lo esperaba. El Gobernador inauguró el Festival desde el escenario oficial, y envió a alguien para invitarme a subir a su lado. Después de dar la bienvenida a todos los presentes, cedió la palabra al Ministro de Agricultura, quien dio la señal de inicio del Festival Anual de Aburrih para Revitalizar la Tierra, anunciando otro acontecimiento histórico muy importante, que sorprendió a todos: la creación del Instituto Nacional de Ciencias Agrícolas en el Barrio Vacío. Dijo que fue por sugerencia del Gobernador se llamará "Instituto Nacional de Aburrih para las Ciencias Agrícolas en el Barrio Vacío". El público se puso de pie aplaudiendo y mirando hacia el podio para reconocerme, entonces el Gobernador me pidió que me levantara para responder al aplauso de la multitud. Me llené de gran felicidad escuchando mi nombre resonar entre aquellas grandes multitudes.

Me dije a mí mismo que el nombre de Aburrih quedaría inmortalizado en la historia, y las generaciones futuras lo recordarían como el fundador de la agricultura en el Barrio Vacío, y los eruditos e investigadores presentarían tesis y estudios sobre mí y mis obras, y exagerarían al hablar de mí hasta mentir, y me harían a mí como un hombre que las mujeres nunca habían parido: nació en el cultivo, creció en el cultivo y murió en el río, junto al cultivo. Dirían que era un ejemplo de entrega, confianza y orgullo. Pero nadie sabía que estaba robando comida en restaurantes, que me golpeaban la espalda con platos, cucharas y sillas cuando se dieron cuenta de mí, y que en el autobús intenté robar a una anciana que en realidad era entrenador de artes marciales, y casi me rompía los huesos, y que antes expulsé a mi hermano y luego a mi madre de la casa en una noche lluviosa, y que abandoné a mi esposa en los períodos más críticos de su vida, y que solía adular a los funcionarios del Ministerio, y me humillaba ante ellos para convertirme en el chambelán del director, y que solía aceptar sobornos de la gente a cambio de permitirles hablar con el director, y que me gustaba mentir como a ellos les gustaba el aire, y que usaba trampa para aprobar el examen. Debido a esto, fui castigado con la privación de participar en el examen de bachillerato durante cinco años, y llegué a un estado de humildad y humillación sin igual. Vivía en una choza que antes había sido una retrete, dormí en sillas de estación en la oscuridad, pasé la noche bajo el puente del tren, y finalmente viví como una rata en una madriguera desdichada en una montaña perdida. Me dolía que las generaciones se engañaran, y tal vez me erigieran estatuas, y me dedicaran poemas que inflamaran conciencias y pasiones, y los artistas cantaran sobre mí en las fiestas nacionales, y el público aplaudiera durante mucho tiempo al oír mi nombre. Me quedé desconcertado entre aceptar un honor que no merecía y engañar a la gente, o ser valiente y honesto conmigo mismo y decirles la verdad, y Aburrih viviría libre y fuerte como el viento.

Después de que cesaron los aplausos y todos regresaron a sus asientos, les dije, poniéndome de pie frente a ellos: «No pongan a sus instituciones nombres de ladrones, mendigos y de los que maltratan a sus padres. No se dejen engañar por mí... no se dejen engañar por mí», y les repetí todo lo que dije anteriormente con mucho detalle. El silencio reinaba sobre los presentes, mientras yo les recitaba los episodios de miseria y bajeza de mi vida, escuchando de vez en cuando los carraspeos del Gobernador y del Ministro, que de vez en cuando inclinaba la cabeza hacia un compañero sentado a su

lado, le susurraba al oído, luego se giraba y le guiñaba un ojo al Gobernador, antes de volver a su forma, mostrando ligeramente sus colmillos.

Cuando terminé esperé a que subieran al escenario, me arrastraron por las piernas y me derribaron, luego me echaron del recinto del festival como me habían hecho en el autobús y me apedrearán con sillas, tal como me lo habían hecho mientras huía del restaurante. Esperaba ser objeto de insultos, maldiciones y desprecios que nunca había escuchado en mi vida. Miré hacia mi familia para saber su posición, y comencé con los adultos, y vi a Zina, detrás de ella, Jeque Bakkar y mi amigo el aldeano saludándome calurosamente con las manos, y enviándome beso tras beso con las palmas a través del aire, así que me sentí tranquilo. Busqué a los jóvenes con mis ojos, hasta que vi, al otro lado, a Huwaida, Fadi, mis sobrinos, y Ahmed, el hermano de Zina, saludándome con una sonrisa de alegría y orgullo, luego saltaron al escenario y besaron mi cabeza sucesivamente. Zina se unió a ellos, y trató de besar mi mano, admirando mi audacia y apreciando mi franqueza, pero rápidamente retiré mi mano y la acerqué mi mejilla, donde plantó un beso caliente e intenso, hasta que sentí el calor de sus labios y la humedad de su boca.

El Gobernador pidió a mis familiares que se sentaran con nosotros en el podio y luego me dijo:

_ Aburrih, esta historia suya es como una ficción, y rara vez ocurre en la realidad. ¿Por qué no la escribe para inmortalizarla y ser un ejemplo para las generaciones futuras?

_ Señor Gobernador, usted sabe que soy un hombre inculto, sé leer, pero no sé escribir bien, ni siquiera obtuve el título de bachiller, ni ingresé a ninguna universidad, y mi nivel lingüístico es muy bajo. Entonces, ¿cómo puedo convertir los acontecimientos de mi vida en una obra literaria que lean los jóvenes? -Dije.

_ No se preocupe, le dedicaré uno de nuestros brillantes jóvenes, quien será su asistente y anotará todo lo que le dicte. -Respondió el Gobernador.

_ No lo dudes, Aburrih. Escribe y daré a conocer tu libro por toda la ciudad, haciendo un dibujo del libro y de tu imagen en la alfombra más grande que haya tejido jamás en mi vida. -Dijo Zina con entusiasmo.

_ Tío Aburrih, -dijo Huwaida- una persona escribe no porque domine una lengua, ya que así tendríamos miles de autores, sino porque siente una necesidad profunda y urgente de expresar lo que tiene dentro. Escribe y no te preocupes por los esclavos de la forma y los modelos, que muchas personas creativas en el mundo nunca han ingresado en ninguna universidad.

_Ni bachillerato, ni cátedra, ni doctorado, ¿y quiere que escriba? -Dije en tono tenso.

El Gobernador me dio palmada en el hombro y dijo sonriendo:

_Nuestras escuelas, universidades y certificados enseñan reglas, patrones, métodos, formas. La creatividad literaria y artística es lo opuesto a esto. Crea sin ejemplos previos, innova sin referencia a patrones, y existe sin reglas preestablecidas.

Estaba confundido y no encontraba qué decir.

_Sea creativo y no sea creador, Sr. Aburrih. La creatividad en este mundo es inevitable y deseable, y el Creador en la religión es Allah y nada más. -Dijo Jeque Bakkar.

_ Eres verdaderamente creativo, Aburrih, incluso antes de escribir. Escribe tu libro tú mismo, porque nadie más revele lo que tienes en mente. La creatividad es necesaria y requerida incluso en la religión. -Afirmó Ahmed, hermano de Zina- La palabra, igual que la gota, puede crear un océano de lluvia, y la palabra, igual que la bala, puede destruir una civilización entera en un segundo.

El impacto de las palabras que me dijeron el Gobernador, Zina, Howaida y Ahmed fue tan profundo y conmovedor, que me levanté y miré a las personas presentes en el podio, y las que estaban frente a él, y dije:

_Aburrih tiene una palabra, y cuando la diga, la haya dicho ya, y aquí estoy diciéndola ahora delante de ustedes: dedicaré el resto de mi vida a la palabra, y la palabra es doble: una atraviesa la montaña y la tierra, y otra pica la mente y el alma.

Después, todos se pusieron de pie y me aplaudieron, luego comenzaron a quitarse el sombrero y alzarlo hacia mí, inclinando levemente la cabeza, en agradecimiento por lo que viví y dije sin ambigüedades. El Gobernador aplaudía suavemente como si le estuviera dando unas palmaditas en los

hombros de un niño pequeño. El Ministro siguió ceñudo y no dijo nada. Entonces suspiré, respiré hondo y dije mi famosa frase: «Ahora Aburrih aliviará el alma y descansará».